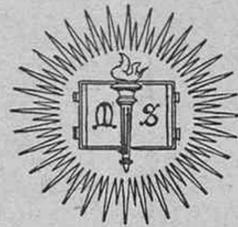


La Ilustración



Artística

Reg. 1110
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

Año XXXV

← BARCELONA 3 DE JULIO DE 1916 →

Núm. 1.801

LA GUERRA EUROPEA

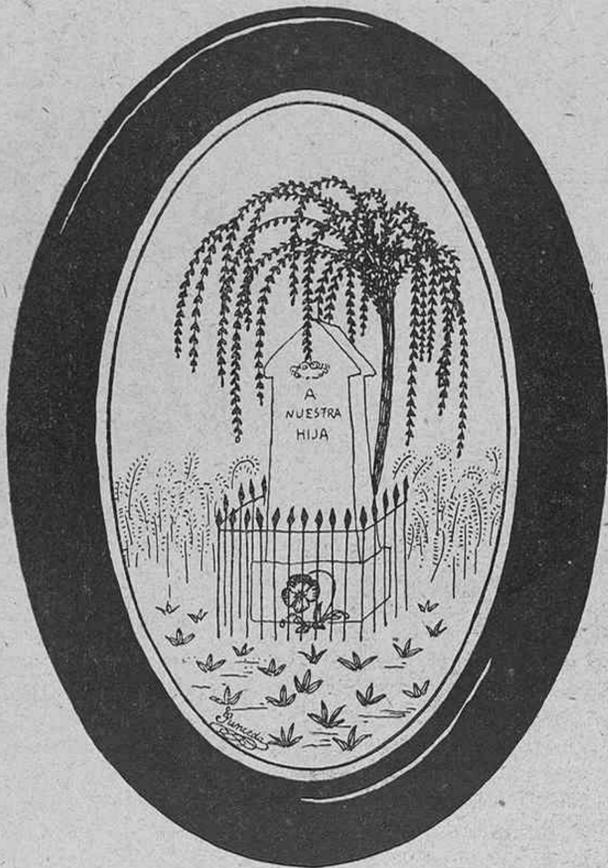


BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

El teniente Brandon, que a una altura de 3.000 metros atacó y derribó a un zeppelin de los que efectuaron los últimos «raids» sobre Inglaterra. Esta fotografía fué tomada inmediatamente después de haber realizado Brandon su notable hazaña
(Fotografía remitida por Carlos Trampus)

CHASSAIGNE FRÈRES

Fábrica: Valencia, 70, Teléfono, 6.407
Exposición y Depósito: Paseo de Gracia, 38, Teléfono, 2.363



Bajo esta losa fría
yace la bella Aurora. Su locura
fué al saber que otra bella usado había.
Crema, Jabón y Polvos PECA-CURA.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa CORTÉS HERMANOS

BARCELONA

PIANOS de cola y rectos a cuerdas cruzadas.—MASON & HAMLIN, Boston & New-York.—Autopianistas Chassaigne Frères, de 65 y 88 notas. Patente 50 277. Registro de melodía.—Guía rollos automático.
ARMONIUMS Christophe et Etienne.—París.
ROLLS PERFORADOS STANDARD. Inmenso surtido de las principales marcas. Representación y depósito de la notable marca **Rolla Artis.**
Pianos de alquiler. Ventas al contado y a plazos.

NO MAS VELLO



DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

BALNEARIO RIUS

CALDAS DE MONTBUY

Reumatismos, gota, anquilosis, escrofulismo, sífilis, neurosis, hemiplegias, parálisis, neuralgias, bronquitis, traumatismos, etc.

Instalación hidroterápica completa.—Servicio de cocina esmerado.—Grandes comedores con vistas al campo.—Salón, teatro, salas de tresillo, billar y escritura.—Gran parque, etc.

No confundir este Establecimiento con otros de la misma población.

VAPORES-CORREOS ESPAÑOLES



Pinillos, Izquierdo y C.

S. en C.—CADIZ

Servicios a Canarias, Puerto Rico, Cuba, Estados Unidos, Brasil y Río de la Plata, saliendo de Barcelona, Valencia, Almería, Málaga y Cádiz

FLOTA DE LA COMPAÑÍA

Príncipe de Asturias, Infanta Isabel, Catalina, Valbanera, Barcelona, Cádiz, Balmes, Pío IX, Conde Wifredo, Martín Sáenz, Miguel M. Pinillos

57.375 toneladas Morson de registro total.

LINEAS DE LAS ANTILLAS Y ESTADOS UNIDOS.—Salidas fijas de Barcelona los días 5 y 20 de cada mes para CANARIAS, PUERTO RICO, SANTIAGO DE CUBA, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, con escalas eventuales en MAYAGÜEZ, PONCE, MATANZAS y CIENFUEGOS.

Servicio mensual rápido y directo para NEW-YORK, HABANA, NEW-ORLEANS y GÁLVESTON, admitiendo carga y pasajeros para dichos puertos.

LINEA DEL BRASIL-PLATA.—SERVICIO RÁPIDO Y DE GRAN LUJO PARA SANTOS, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES por los nuevos vapores-correos de 15.000 toneladas a dos máquinas y doble hélice, provistos de telegrafía sin hilos y de todos los modernos adelantos

PRÍNCIPE DE ASTURIAS * INFANTA ISABEL

Salidas de Barcelona el día 17 de cada mes.

Travesía en 15 días

Espaciosos departamentos de lujo y de preferencia.—Espléndidos salones comedores, de lectura, música, fumoir, hall, bars, etc., etc.—Alumbrado eléctrico.—Telégrafo Marconi.

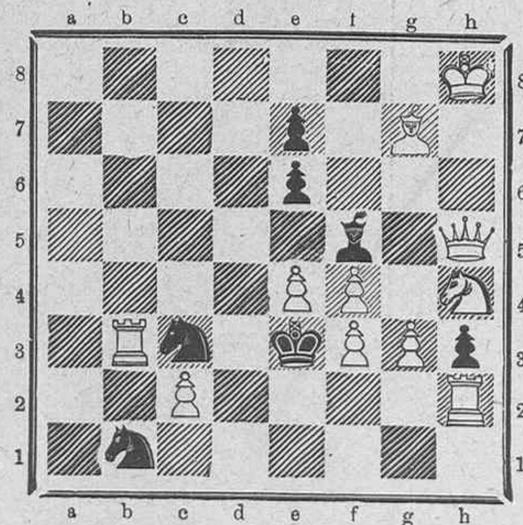
Consignatario en Barcelona:

RÓMULO BOSCH Y ALSINA. Paseo de Isabel II, núm. 1, piso 1.º

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 685, POR P. H. WILLIAMS

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (11 PIEZAS)

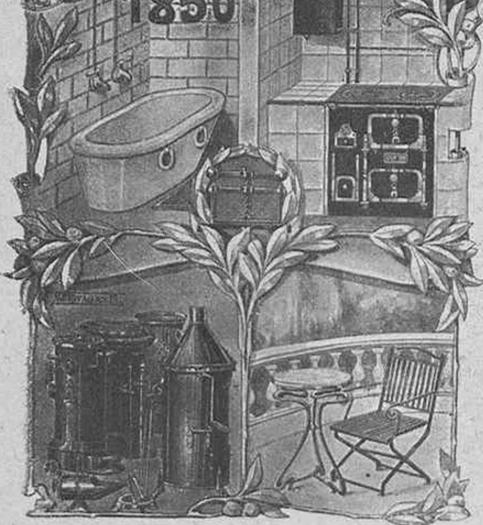
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 684, POR G. W. M.

1. A c1-g5.

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: DIPUTACIÓN, 421 y 423
Entre Sicilia y Cerdeña).—Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 3380

BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

LAS ENFERMEDADES DEL

ESTÓMAGO

dispepsias, gastralgias, malas digestiones, vomitos, inapetencia, diarrea, estreñimiento, convalecencias difíciles, vómitos de las embarazadas, etc., etc., se curan siempre con el

ELIXIR GIOL

AL POR MAYOR. — Laboratorio Químico-Farmacéutico COLL OLIVÉ, BARCELONA
CONCESIONARIO PARA SUB-AMÉRICA: F. LÓPEZ, San José, 841. — BUENOS AIRES
y en todas las farmacias

La Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 3 DE JULIO DE 1916

NÚM. 1.801



Proyecto de monumento a S. S. el Papa Pío X que ha sido definitivamente aceptado para ser erigido en la Catedral de San Pedro de Roma. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La muestra*, por Juan B. Enseñat. — *Madrid. Exposición Gustavo de Maetzu.* — *Exposición Juan Echevarría.* — *La guerra europea.* — *Madrid. Exposición Anagnada.* — *Gualalajara. S. M. el Rey en la Academia de Ingenieros.* — *La espuma del mar* (novela ilustrada; continuación). — *Buenos Aires. Plaquetas artísticas.* — *Una escultura de Blundstone.* — *Madrid. El Hospital de San Francisco de Paula para jornaleros.* — *Barcelona. Concurso hípico.*

Grabados. — *Proyecto de monumento a S. S. el Papa Pio X.* — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración al cuento *La muestra.* — *Una octogenaria*, cuadro de Federico Brown. — *El mellizo; La moeta; Tipo castellano; José Manuel*, dibujos de Gustavo de Maetzu. — *Una gitana; El pobre sablito; Las dos amigas*, cuadros al óleo de Juan Echevarría. — *La guerra europea* (once fotografías). — *Madrid. Inauguración de la Exposición Anagnada.* — *Gualalajara. S. M. el Rey en la Academia de Ingenieros.* — *Buenos Aires. Plaquetas artísticas.* — *La edad de la imaginación*, escultura de Blundstone. — *Madrid. El Hospital de San Francisco de Paula para jornaleros.* — *Barcelona. Concurso hípico.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La ópera barata le está haciendo peligrosa competencia al Teatro Real. Claro es que el Teatro Real no se encuentra abierto ahora. Pero le van espumando el puchero, para cuando dé principio la nueva temporada.

La ópera era un espectáculo selecto, que parecía inaccesible fuera del Regio Coliseo, que no se concebía sino en invierno, con escotes, diamantes, muchas pieles a la salida, y canto de nombres para tomar el coche, con la patulea aristocrática agolpada en el foyer. Y he aquí que, sin estos prerendengues, la afición se encuentra gratamente sorprendida con ópera al alcance de todos. La tentativa merece alentarse. Se desestanca la lírica, y vuelve el Gran Teatro a su primer destino, sólo que con óperas italianas, pues la española ha sido una de esas aspiraciones que no pasan de ensueños; y acaso lo sea siempre, hágase lo que se haga.

Veremos si con el sinapismo y castigo de la ópera barata, el Real se despierta de su modorra, y realiza las tantas veces anunciadas reformas, que ya, más que necesarias, han llegado a ser indispensables. Veremos si mudan las alfombras, que no son alfombras, sino pingajos. Veremos si se adecentan aquellas butacas, que, al poner en ellas la mano, sueltan nubes de polvo. Veremos si se hace algo para justificar los altos precios y para volver por el buen nombre de este espectáculo. Estoy por apostar que llegará el día de la inauguración, y veremos la misma alfombra, contaminada por las borracheras de los bailes de Carnaval, y hecha jirones por el largo servicio, y el mismo polvo en las butacas, y la misma suciedad y descuido en todo...

* *

¿Sois aficionados a los toros? De seguro que, por cien lectores, sesenta responden afirmativamente. Si no ¿qué explicación tendría el hecho de que las plazas aumentan, se construyen hasta en los pueblos y villorrios, y en Madrid, en lugar de la corrida de los domingos, hay corrida diaria, o la hubo, por lo menos, durante todo el mes de mayo, en que no se encontraba una *manuela* para un remedio?

La afición, sin duda, aumenta, se hace epidémica, llega a los últimos rincones, adquiere caracteres de fiebre, y es lo único vivo y ardoroso que perdura, entre el indiferentismo escéptico de la hora presente.

Un escritor de bríos y empuje, Wenceslao Fernández Flórez, escribe, con tal motivo, algo que yo firmaría. Es una indignada protesta contra la ferocidad de las multitudes, contra el público que, al ver caer herido de terrible cornada en el pecho a uno de sus lidiadores favoritos, el diestro Pacomio Peribáñez, que casi en las ansias de la agonía era retirado de la plaza, no estuvo conforme con suspender la corrida, y siguió viendo la lidia de los cinco toros restantes, con las vociferaciones de costumbre, y los chistes y meriendas habituales.

He aquí el estigma del atroz espectáculo. ¿Quién negará que endurece los corazones, que cría callo en las almas?

Mientras espiraba — o si no espiraba, estaba en el trance de espirar — el infortunado muchacho, la plaza aullaba, silbaba y reía. Quien diga que esto es defendible, dentro de las nociones más elementales de humanidad, que levante el dedo.

Y lo peor es que ese público de alma de cántaro, no es especial, no es eventual, no es el de un día. Es el de siempre, es el público, sin adjetivo. Reunidos millones de hombres, llevados a la guerra, y milagro

será que, en conjunto, no resulten héroes. Reunidos un millar de hombres, llevados a los toros, y será asombroso que no tengan más de fieras que de racionales.

Luego el mal está en el espectáculo mismo. Su esencia lleva concentración de grosería, de barbarie, de una sensualidad sangrienta que, pareciendo propia del atraso colectivo, es en realidad también una forma de decadencia y enervamiento. No juzguéis escuela de valor la corrida. El valor reviste otras formas, y entre ellas, la de la abnegación resignada. Ved cuán serenamente se muere por esas Europas. A fe que ni se blasfema, ni se profieren interjecciones, ni se arma gresca y juerga, ni se riñe puerilmente con el vecino de al lado. La única analogía, es que, caiga quien caiga, la función no se interrumpe...

* *

Ha caído, en todo su vigor, como árbol que la tormenta desarraiga, Lord Kitchener, y aparte de las naturales manifestaciones de sentimiento ¿en qué notáis su falta? La guerra sigue como si tal cosa. Por lo visto, ni ese jefe ilustre ni su brillante Estado Mayor, hundidos silenciosamente en los abismos, hacían falta en Inglaterra; se luchaba con ellos, se luchará sin ellos; se los reemplazará, y *all right!*

Por cierto que, no perdiendo sus derechos el novelista jamás, hallándose la imaginación siempre despierta, la tragedia de Lord Kitchener me pareció doblemente interesante, porque, a diferencia de otros sucesos de esta guerra nada romántica, tuvo su parte de leyenda, dió lugar a versiones curiosas. Se dijo que un espía, un irlandés, para vengar a sus paisanos ahorcados o fusilados, dió la noticia de la salida del *Hampshire*, y fué causa de que en su ruta se colocase la mina fatal. Ello no será verdad; pero a mí me gustaría, románticamente hablando, que lo fuese. Era trágico, era tremendamente hermoso. Si al cabo la embarcación se había de perder y el valiente Lord de hundirse en las aguas amargas y revueltas que rodean a las Órcadas, añadía una nota emocional el hecho de que un patriota vengador hubiese preparado la catástrofe.

Yo veía, en mi imaginación exaltada, no al espía vivo, sino a alguna de las tristes víctimas de la rebelión de Irlanda, a un alma en pena, que, desde aquel país de superstición y conjuros, brujas y hadas, venía, entre las tinieblas de la noche, a dirigir, por misterioso modo, la marcha del navío inglés hacia la mina oculta. Si nuestra época se ríe de estas concepciones, en el fondo de los espíritus no falta quien las admita, trémulamente y en secreto. Y no tan en secreto. ¿No habéis leído que, no ha mucho, un anuncio, unas culebrinas de fuego, fueron causa de que nadie aportase por un establecimiento de Madrid? Era la superstición rediviva, era ese temor a lo desconocido, que nos oprime ante la sombra, ante el destino ignorado y todopoderoso...

Por mí, ya lo he dicho, siento que la leyenda se extinga. Respeto muchísimo los fueros de la ciencia, todos los privilegios de los documentos históricos — aunque dudo de su eficacia para descubrir el trasfondo de la verdad, que a veces ni en figuras contemporáneas puede apreciarse debidamente — pero téngalo entendido mi docto amigo el académico de la Historia, marqués de Laurencín; me gustaba doble la Lucrecia Borgia de antaño, que esta ahora descubierta en documentos, y que no rompía un plato, según los nuevos informes.

Cuando leí a Gregorovius, hace años, me pareció que le prestaba a Madona Lucrecia un flaco servicio al rehabilitarla. La Lucrecia de los poetas y dramaturgos era una creación muy en armonía con los tiempos agitados, crueles y sombríos, bajo fastuosas apariencias, en que le tocó vivir a la hija de Alejandro VI. El veneno empezaba entonces a hacer de las suyas, y no se descuidaba el puñal. La nefanda leyenda que rodeaba, como diabólico nimbo, la frente de tan puro diseño de Lucrecia, deja, al borrarse, una figura insignificante, mísera, sin carácter y sin relieve. Probablemente — iba a escribir por fortuna — se hará más luz todavía, y nos devolverán a Lucrecia perversa, que en su perversión tiene su poesía profunda.

No me convencen mucho a mí, para formar juicio de una figura histórica, los elogios de quienes, como Fernández de Oviedo, ejercen cargos palatinos, y como tales palatinos hablan y escriben. Cansados estamos de ver falseada la verdad a cada momento, no tan sólo por los palatinos, sino por la prensa, que, andando el tiempo, será invocada como elemento de juicio, tal vez. Por lo menos, ya que no haga fe, inducirá a contradicción, y se verán en calzas prietas, en más de un caso, los historiadores futuros. Los mismos documentos oficiales no nos dan sino la cor-

teza, lo externo de los hechos; y cada año que transcurre aumenta dificultades para su recta interpretación. No me deslumbra demasiado a mí la palabra «documento». Los documentos antiguos no representarán más valor que los modernos, y todos sabemos cuánto cabe en ellos de engaño y error. Acabo de tener en mis manos uno, que me conmueve, y en el cual mi nombre aparece escrito de cuatro maneras distintas. Esto, en un papel viejo, daría lugar a muy extrañas conjeturas y disquisiciones.

Lo más exacto del estudio de Laurencín es la observación del odio que en Italia despertaron los Borjas o Borjas españoles. A este odio podrá achacarse buena parte de las imputaciones, acusaciones y patrañas que tan bien se adaptan a la poesía romántica de Víctor Hugo. Yo creo, releyendo los curiosos extractos de causas criminales italianas, del xv y xvi, que glosó Stendhal, y recordando, sin gran esfuerzo de erudición histórica, las costumbres de aquellos tiempos, que no sería privativo de los Borjas mucho de lo que se les atribuye. Pero ¿cómo perdonar que se hubiesen adueñado de Roma unos extranjeros de origen humilde — díjose que, en su origen, labradores valencianos — y que uno de ellos, César, el cardenal de Valencia, a quien tan duramente trata Laurencín, y que, si tenía todos los vicios, los engrandecía con lo amplio y enérgico de su ambición, soñase en ser el gonfaloniero de la Chiesa, y se adelantase varios siglos a las aspiraciones nacionales de Italia?

Estropeen si quieren a Lucrecia Borgia, dejándola convertida en figurilla de porcelana, en hembra dulce, tímida, recatada y de aire piadoso; pero respeten algo a César Borgia, el español aventurero, que también descubrió un mundo político, y sucumbió obscuramente en tierra ibérica, espada al puño. César Borgia ha sido siempre para mí algo sugestivo, y quisiera no morir sin haber visitado su sepultura. A estos hombres, capaces de cambiar el mapa, por poco que las circunstancias les ayuden, yo les perdono, de muy buen grado, pues no soy su confesor, los extravíos y hasta los crímenes. Además, en los tiempos de César Borgia, la palabra *crimen* acaso no tenía igual sentido que hoy. Y díganme si no está el crimen latente en las magnas empresas. Venza quien venza en la lid fenomenal que presenciemos, ¿sobre cuántos crímenes se habrá fundado su victoria!

* *

A la tétrica luz de la guerra interminable, va viéndose una triste verdad. En España no se fabricaba, no se producía ni la mitad de lo que nos hace falta para vivir y no interrumpir nuestras ocupaciones habituales.

No hay agujas apenas. No hay colores en tubos para la pintura. Faltan numerosos medicamentos modernos. Asimismo instrumentos quirúrgicos. Falta, ¡qué asombro! hasta semilla de remolacha forrajera, que venía de Alemania...

Es decir que no sabemos remediarnos, ponernos al abrigo de toda contingencia. Estamos a merced de los demás países.

Y el desequilibrio económico nace, forzosamente, de este estado de cosas. Lo que no falta, sube en tales proporciones, que viene a ser como si faltase.

El papel se ha puesto por las nubes. Un solo producto, la naftalina, de costar a peseta el kilo, cuesta hoy a tres cincuenta. Lo extraño es que los productos del país, cuya exportación se ha dificultado o impedido, lejos de abaratar, también encarecen. Nunca han alcanzado más altos precios los limones y las naranjas.

Y, ya hice notar esta singularidad: al parecer, en España, o cuando menos en Madrid, se diría que hay más dinero que nunca.

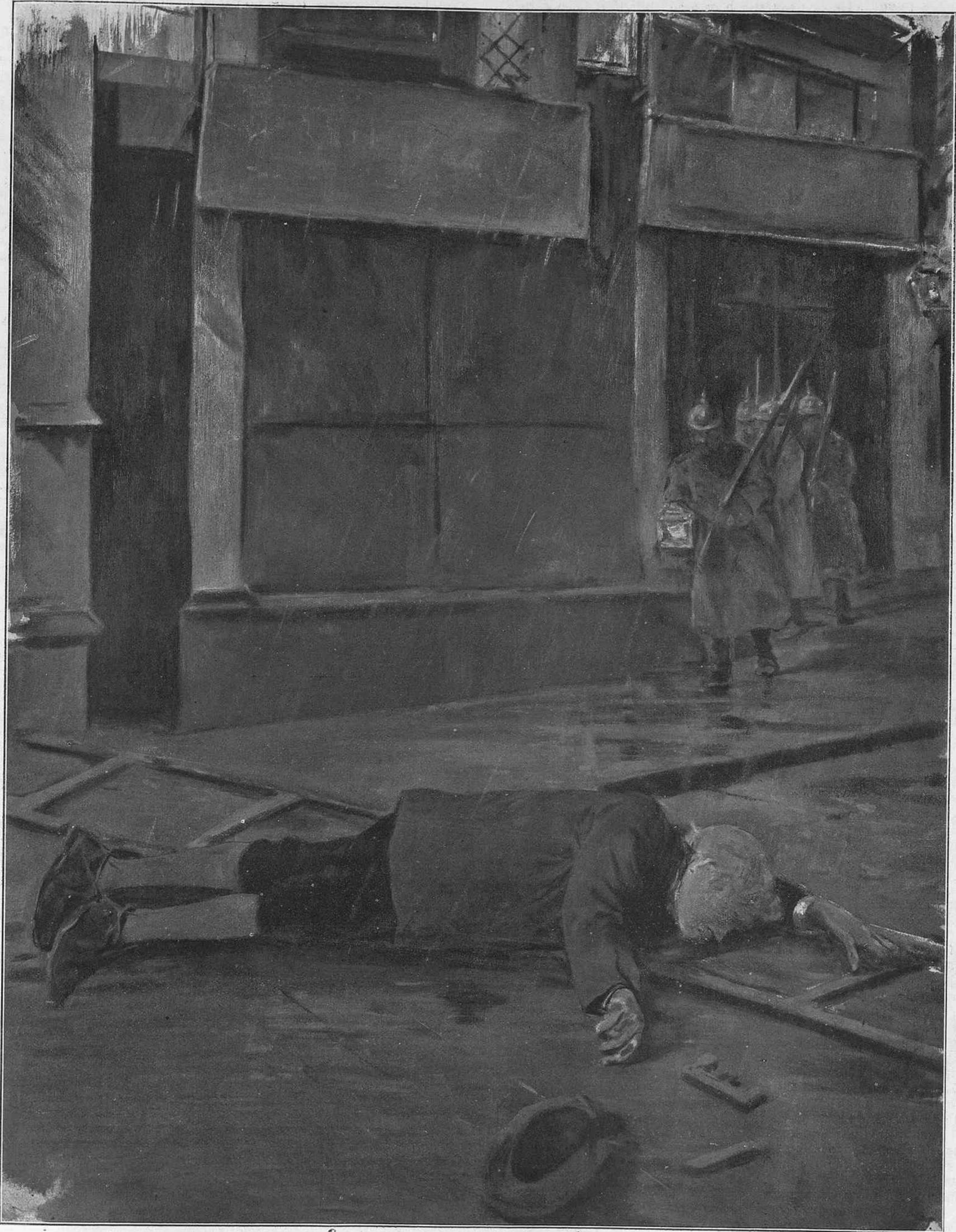
No pierde diversión, no ya la gente ociosa y acomodada, sino la trabajadora y humilde.

Todo espectáculo cuenta sus entradas por llenos. Se construyen teatros incesantemente. Y, en la plaza, cada día corre la sangre, la humana, y la muchedumbre grita de placer, mientras un hombre sufre colapsos en la enfermería...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA MUESTRA, POR JUAN B. ENSEÑAT, dibujo de Mas y Fondevila



... que yacía en el arroyo con los últimos vestigios de su dorada muestra

En aquella época (hace unos cincuenta años) los *gougelhofs* (1) de Matías Hafner gozaban de una gran notoriedad gastronómica en todo Estrasburgo y sus alrededores.

Al parecer, Hafner no se vanagloriaba de este

(1) Deliciosos pasteles que en Alsacia se hacen con harina, leche, huevos, manteca, azúcar, pasas y almendras.

éxito. El alsaciano no suele ser expansivo, y a los plácidos ojos de sus compatriotas, Matías pasaba por hombre frío. Era, además, original y terco, pues sin tener en cuenta la marcha del tiempo, permanecía fiel a las costumbres e indumentaria antiguas. Aunque realizaba pingües beneficios, seguía estacionario en su humilde tienda primitiva, refractario a toda idea de agrandarla o embellecerla.

Daba acceso al tenducho una puertecita de cristales verdosos, a cuyo lado se abría, como una boca de ogro, la bóveda en semicírculo del aparador adornado con guirnaldas de lúpulo y rosas, y lleno de apetitosos productos de pastelería.

La señora de Hafner, blanca, rubia, fresca, vestida a la alsaciana, servía diligente a la clientela, yendo y viniendo con agilidad; y las recias y anchas

cintas de su tocado batían en la tienda como alas de enorme mariposa.

La señora de Hafner era una esposa evangélica, respetuosa y fecunda. Había dado seis hijos a su amo y señor; ninguna hija y pocos disgustos, pues hablaba lo menos posible y siempre para aprobar las ideas de su marido; así es que había esperado cinco años la ocasión de revelar a Matías el ambicioso deseo que el éxito de los *gougelhofs* había hecho nacer en el fondo de su corazón. La dulce pastelería ambicionaba ver encima del escaparate una hermosa muestra en grandes caracteres de oro. No es del caso averiguar de qué medios se valió para arrancar a su marido la concesión de esta reforma.

Lo cierto es que una mañana de mayo de 1869, dos obreros fijaron con alambre grandes letras doradas sobre el arco del aparador, y desde las esquinas y el lado opuesto de la plaza de la Villa hasta los miopes pudieron leer en francés la flamante muestra de la vieja pastelería: *PÂTISSERIE*.

Pocos meses después, estalló la guerra francoprusiana.

El enemigo destruyó por el fuego dos fincas rurales que el pastelero poseía en las inmediaciones de Estrasburgo, y Matías perdió sus tres hijos mayores en las filas de los vencidos; pero, por milagro, las granadas del bombardeo respetaron las letras doradas de la tienda.

Hafner despidió a sus tres hijos menores que emigraron a Francia, y él se quedó en Estrasburgo en virtud del siguiente razonamiento:

— La patria necesita brazos fuertes y corazones valerosos. ¡Que la juventud parta! Nosotros, los viejos, seríamos bocas inútiles, estorbos costosos para la Francia abatida. Por otra parte, hacemos falta aquí para luchar contra la germanización del país. ¿Qué sería de Alsacia si todos los franceses la abandonasen?

Como había que vivir, Matías volvió a meter las manos en la masa, y los pasteles y rosquillas aparecieron de nuevo en la boca de ogro del escaparate.

El estruendo de las batallas se extinguió gradualmente como una tempestad que se aleja. La ciudad fué invadida por un triste silencio, un silencio sepulcral en que, de vez en cuando, estallaban toques de clarín, y resonaban, a intervalos regulares, los pasos rítmicos y pesados de las patrullas.

Un día, entre dos rondas, Matías tomaba el fresco en la puerta de su tienda, cuando vio a su vecino Hans Muller, el pañero, que le llamaba misteriosamente por señas.

Matías le siguió y, con aires de desocupados, los dos hombres entraron en la taberna de la *Corona*, donde otros hombres, sentados a una mesa, delante de espumosos *bocks*, hablaban en voz baja.

Matías y su compañero se sentaron entre ellos.

En aquel discreto rincón se comentaban las nuevas vejaciones imaginadas por los vencedores. No contentos con proibir el idioma francés de las escuelas, querían obligar a los comerciantes a poner muestras alemanas en sus tiendas.

Matías se sonrió amargamente pensando en las hermosas letras doradas por las cuales su mujer había suspirado tantos años.

— Es una iniquidad, profirió el sastre Johann Linder, prohibir esas inofensivas muestras que mantienen el sello francés de nuestras tiendas.

— Y que atraen la visita de los franceses de paso, continuó Blumen, el joyero. Si desaparece esta marca de nacionalidad, ¿cómo vamos a tener noticias de Francia?

— Sí, suspiró Hafner, estas muestras protestaban contra su bandera... Más que eso: eran otras tantas banderas francesas con que la ciudad se empavesaba.

— ¡Mil bombas!, rugió Peter Weitz, el carnicero, dando un golpe en la mesa con su puño formidable. Se me figura que el día en que tenga que poner letreros alemanes en mi carnicería, me consideraré condenado a ser alemán para siempre.

Hans Muller los apaciguó.

— Hasta nueva orden, dijo, la autoridad tolera las antiguas muestras; pero prohíbe que se las restaure, y nadie podrá reconstituirlas en francés. Procuremos pues conservarlas.

Matías Hafner se encogió de hombros, y dijo chocando su vaso con los de sus compañeros:

— Esperemos que antes de verlas destruidas, habremos recobrado el derecho de restaurarlas.

— ¡A la salud de nuestros hermanos de Francia!, brindó Blumen.

— ¡A su salud!, contestaron los otros.

Y bebieron entusiastas.

Pero callaron en seguida.

¡Silencio!

Se acercaba el pesado ritmo de una patrulla. Los soldados pasaron rozando la taberna cuyos cristales temblaron.



Una octogenaria, cuadro de Federico Brown

Matías se volvió hacia su casa. Antes de entrar, paróse en medio de la calle para contemplar la dorada muestra de su pastelería. Restregóse las manos, penetró en la tienda y dijo a su mujer:

— Escucha, Catalina; hice mal en burlarme de ti cuando me pediste esta muestra. Reconozco que tuviste una idea excelente.

La pobre mujer, a quien consumía la tristeza desde la muerte de sus tres hijos mayores, se alegró un instante.

— ¿Estás contento?

— Mucho.

Oyóse fuera un ruido metálico.

— ¿Qué es eso?, dijo Matías saliendo.

Y volvió a entrar consternado, trémulo, con una de las letras doradas en la mano. Era la A de la muestra, abollada y cubierta de lodo. El hombre tuvo que sentarse.

— ¡Dios mío!, gimió con dolorido acento.

— El alambre estaba oxidado, declaró la señora Catalina. Aquí tienes otro nuevo para reponer la letra.

— ¡Ay, esposa mía!, replicó Hafner moviendo la cabeza; ¡está prohibido! Si me sorprendiesen ¡adiós muestra! Se ordenaría judicialmente su destrucción inmediata. ¡Y quién sabe si a estas horas tienen ya conocimiento de que se ha caído una letra francesa!

Matías, profundamente abatido, guardó un prolongado silencio que su mujer no se atrevía a interrumpir. De pronto, se puso a contar con los dedos, se serenó un poco y dijo con resignación:

— ¡Aun quedan nueve letras, Catalina! Suponiendo que caiga una cada año, aun hay para nueve años, y dentro de nueve años pueden ocurrir muchas cosas. Pero Hans Muller tiene razón: procuremos conservar las muestras de nuestros establecimientos.

Al día siguiente, las patrullas que desfilaron por la calle vieron a Matías Hafner encaramado en una escalera y ocupado en lavar, frotar, pulir y untar con grasa su dorada muestra. Hans Muller, Hermann Blumen, Johann Linder y el hercúleo Peter Weitz hacían lo mismo. Y todos los tenderos franceses de Estrasburgo lavaban, frotaban, pulían y untaban de grasa las muestras de sus tiendas, para preservarlas del polvo, de la herrumbre, de la humedad, de la

acción destructora de las inclemencias del tiempo.

Durante cuatro años, las previsiones de Matías Hafner parecieron realizarse: la muestra de su pastelería no perdió más que cuatro letras.

Así es que el hombre persistía en su confianza.

— ¡Bah!, decía; aun quedan seis letras, y en seis años pueden ocurrir muchas cosas.

Sin embargo, la muestra había quedado mutilada en tal forma que resultaba ininteligible.

Matías disimuló su inquietud; pero a la vuelta de los días clementes de la primavera, no se separó de su pastelería, desde cuya puerta acechaba con ojo experto a los turistas franceses.

Cuando veía alguno o algunos que trataban de descifrar su truncada muestra, los invitaba con la sonrisa, con el gesto y con la palabra, y después de haberlos atraído, los introducía en la trastienda, destapaba en su obsequio una botella de vino y les servía pirámides de pastelillos y rosquillas.

— ¡Tomen ustedes!.. ¡Coman!.. ¡Beban!.. Nos hacen favor... Pero... ¿qué hacen en Francia?..

Transcurrían años y caían letras, arrancando cada vez un pétalo a la bella flor de esperanza que subsistía en el corazón del viejo Hafner.

Las demás muestras francesas de la calle sufrían igualmente.

Hans Muller, el pañero, fué el primer vencido; en segundo lugar, Hermann Blumen, el joyero; después, Johann Linder, el sastre; luego el carnicero Peter Weitz, que lloró de ira.

Aunque la gente zumbona le repetía continuamente que su muestra, así mutilada, no era ya francesa ni pertenecía a idioma alguno, Matías Hafner se obstinaba inmutable en su fe.

Pero de día en día se abismaba en una melancolía más profunda, y una vejez precoz pesaba cada vez más sobre él.

Una noche de julio estalló furiosamente una tempestad que había estado amenazando todo el día.

Matías Hafner, en medio del estrépito de los truenos y de la lluvia, creyó oír desgarradores gemidos de su muestra y el ruido de una letra al caer.

Saltó de la cama, se vistió rápidamente, y, a pesar de las súplicas de Catalina, bajó, de puntillas, a fin de no llamar la atención de los mozos que amasaban pasta en el sótano. Matías quería obrar solo.

Abrió la puerta y se asomó a la calle; pero vió brillar algo que doblaba la esquina y se estuvo quedo.

Bajo la lluvia torrencial desfiló una patrulla. Matías esperó que las últimas linternas se hubiesen alejado. Luego, agachado como un traperero, indiferente al chubasco, buscó a tientas en el agua que inundaba la acera y el arroyo. No se había equivocado; su mano tropezó con una letra.

En el momento de incorporarse Matías, otra letra fué arrancada por una furiosa ráfaga de viento. Guiado por el ruido, el anciano la descubrió en el lado opuesto de la calle. La tormenta pareció amansarse.

Matías entró en su tienda, buscó un pedazo de alambre y lo adaptó a las letras arrancadas. Sacando fuerzas de flaqueza, cargó con la escalera de que antes se servía para lubricar su dorada muestra.

Apoyó la escalera en el aparador; se encaramó en ella, luchando contra el viento y la lluvia, y trató de reponer una de las letras. Sus manos, febriles, temblaban, y todo su cuerpo, calado hasta los huesos, no era más que un calofrío doloroso.

Consiguió o creyó conseguir su objeto.

«¡Por fin, dijo para sí, ya tenemos una!..»

La tormenta recrudeció de pronto.

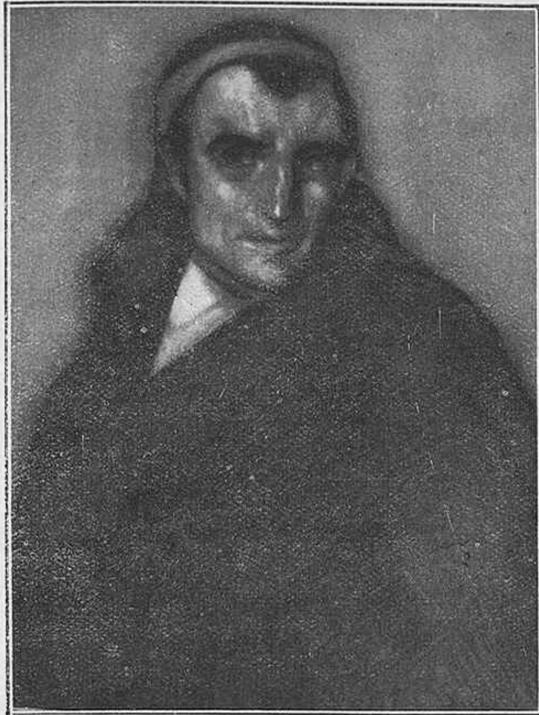
El viento huracanado y la lluvia torrencial sacudieron violentamente y torcieron las letras, que gimieron de nuevo y temblaron a su vez.

Matías comprendió que todas iban a partir, de un solo vuelo de hojas muertas, con sus supremas esperanzas, e, instintivamente, para retenerlas, extendió los brazos.

Entonces la escalera perdió el equilibrio, y el débil anciano se desplomó dando un grito de angustia que se perdió en el fragor de un espantoso trueno.

Volieron a brillar varias linternas en la esquina; en la terrible sinfonía de la tormenta, la marcha cadenciosa de los soldados parecía llevar un severo compás, y la patrulla tropezó con el cadáver del viejo Matías Hafner, que yacía en el arroyo con los últimos vestigios de su dorada muestra.

En el salón del diario matritense *La Tribuna* expuso no hace mucho tiempo algunas de sus obras el joven artista Gustavo de Maetzu. «Este mozo extraordinario - dijo en aquel entonces el citado periódico - lleno de fe y de optimismo, que se sometió a las más duras disciplinas artísticas en su afán de lograr un arte honrado, y levanta frente a todos los convencionalismos y falsedades una bandera con el solo lema «Verdad», este muchacho, joven y fuerte y optimista y luchador, no podía pasar inadvertido en este Madrid lleno de ansias de reno-



El mellizo, dibujo de Gustavo de Maetzu

vación. (Hablamos de un Madrid que todavía no conoce el gran público, de un Madrid opuesto en absoluto al que en estos momentos lo llena todo.)

»Por esto la exposición que Gustavo de Maetzu tiene abierta al público en nuestro Salón de *La Tribuna* ha levantado una tempestad de discusiones, y unos jóvenes, como el pintor sinceros y honrados, han querido decirles a las gentes sus entusiasmos por el arte nuevo y noble del pintor vasco.

»Al efecto, ayer se celebró en el citado Salón una velada interesantísima. Un público selecto y numeroso, en el que abundaban las damas, se congregó ayer tarde para escuchar a Leal da Cámara, a Gómez de Laserna, a Esplá y al propio Maetzu.»

En aquella velada, el genial caricaturista Leal da Cámara disertó con singular ingenio y donosura sobre Estética, elogiando a los que como Maetzu se consagran al arte verdadero y fustigando a aquellos cuya estética es rutinaria, blanda y comodona; Gómez de Laserna censuró a los imitadores y ensalzó la honrada labor de los que, como Maetzu, cultivan el arte, que es luz, verdad y vida; y Santiago Vinardell leyó unas cuartillas del notable compositor alicantino Esplá dedicadas a su amigo el artista homenajeado.

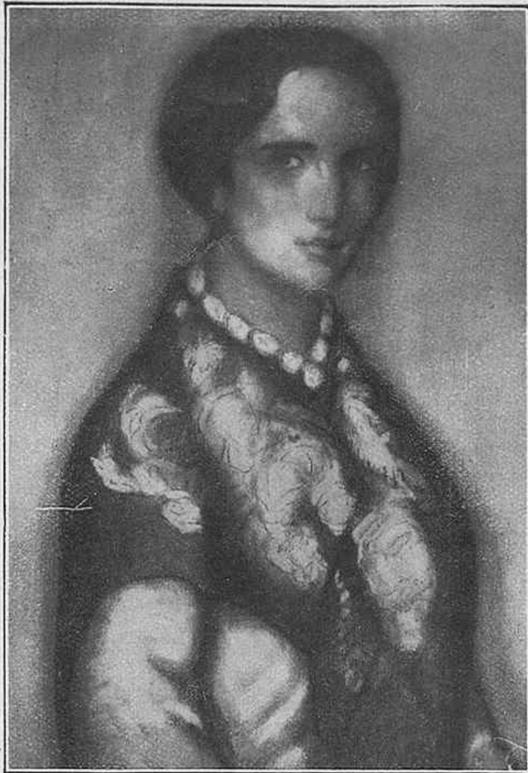
Maetzu dió las gracias a todos en un bello discurso, en el que dijo entre otras cosas: «Y lo digo así, aunque parecería temerario intento dar a la pintura la tercera dimensión que le falta: el volumen.»

»Tal vez esto se hubiera conseguido antes si la pintura aérea no hubiera retardado con su superficialidad el culto por el ritmo de las cosas. Las cosas tienen de por sí una belleza, y aca-

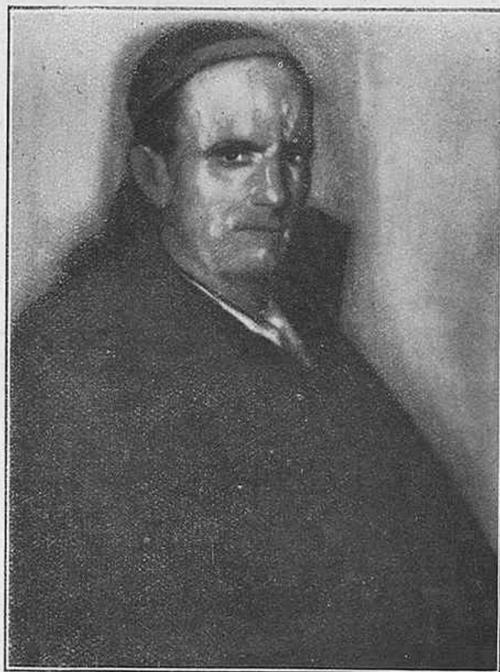


Una gitana (Granada), cuadro al óleo de J. Echevarría

so esta belleza esté en el aplomo de las mismas, lo que yo he llamado la acción de la gravedad, para lo cual es necesario valerse de líneas horizontales y perpendiculares. El volumen de las cosas arcaicas es lo que indiscutiblemente produce la sensación de eternidad. No tienen estos artistas, a semejanza



La moceta, dibujo de Gustavo de Maetzu



José Manuel, dibujo de Gustavo de Maetzu

de nuestros dramaturgos, que agarrarse a buscar argumentos para triunfar. El prestigio de cada figura los salva. Cuando ellos representan en alguna estela funeraria el amor o la muer-

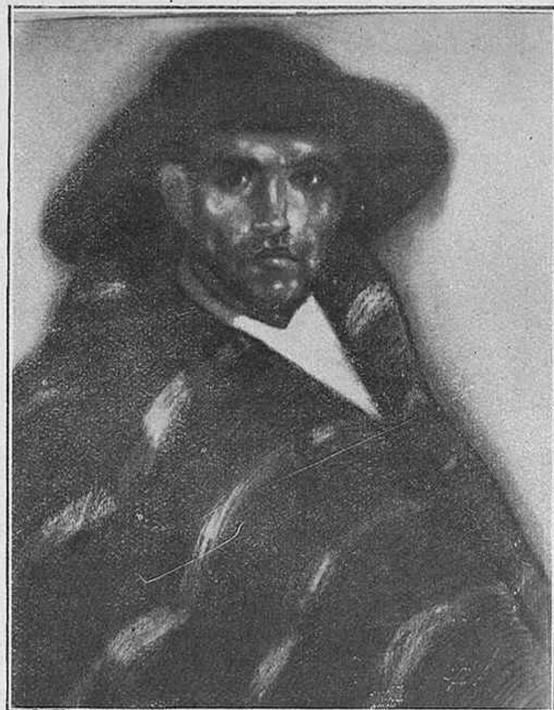


El pobre sablista, cuadro al óleo de Juan Echevarría

te, tal vez haciendo el retrato de un lacedemonio o de una mujer de Tebas, creemos que esa estela representa el amor de todos los países.»

Quando en el mes de mayo último se celebró en el Ateneo de Madrid la exposición de óleos y dibujos del artista vasco Juan Echevarría, un notable crítico matritense dedicó un artículo del cual copiamos los siguientes párrafos:

«Juan Echevarría, como casi todos los pintores vascos, es notabilísimo y, como todos ellos, un sincero profundo ante el modelo y, por consiguiente, un pintor realista. El tipo del pescador, el tipo del cántabro ha dado a los artistas vascos esa perfecta visión de la línea y del rompimiento de las masas y



Tipo castellano, dibujo de Gustavo de Maetzu

esa dureza con que los planos de luz y de sombras se acometen en los rostros de sus figuras. Es verdad que muchas veces confunden lo bello con lo difícil en su arte; pero el amor y el respeto a la sinceridad los atrae hacia las almas sencillas y hacia las naturalezas rudas.

»En lo que expone actualmente Juan Echevarría hay de todo lo que acabo de anotar y desde luego se precisa un pintor moderno, fácil ejecutante y dotado de una visión del color muy notable y excepcional. Entre sus lienzos descuellan dos, soberanos, magníficos: el *Cerro de San Miguel de Granada* y *El pobre sablista*; ambos son dos obras maestras, reveladoras de la pureza y facilidad de la técnica del artista: el primero por la admirable armonía con que combina los tonos amarillentos y verdosos, la luminosidad que absorbe la tela y el aire que destaca los objetos precisándolos en sus verdaderos términos. *El pobre sablista* es un prodigio de empaste del color y una demostración de la facilidad del artista.

»Al lado de estos dos lienzos, que considero como los mejores y como los que mejor revelan las cualidades de Echevarría, figura una colección de estudios del tipo gitano del más acentuado realismo. El pintor no hace traición a la sinceridad; sus gitanas parecen amasadas con la peor arcilla; revelan algunas fealdades repulsivas, magistralmente reproducidas; son un estudio, en su conjunto, que reviste caracteres antropológicos, salvo una de las modelos, que, aun cuando el pintor la haya sorprendido en el rancho de los nómadas, creo que ha incurrido en una equivocación al reproducirla como tipo gitano



Las dos amigas, cuadro al óleo de Juan Echevarría

en sus lienzos. Manolillo es un modelo de gracia y un acierto grande de Echevarría.

»Completan la exhibición varias obras de naturaleza muerta, todas de grandes calidades; la señalada con el número 7 es superior a todas las demás y acusa un paso grande del artista sobre otros por la suavidad de las tintas y por la escasa acentuación de los contornos en los objetos, que aparecen envueltos en una vaguedad fundente llena de armonías.»

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal)



Petrogrado. — Bendición de un hospital de campaña antes de ser enviado al frente

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — En la orilla izquierda del Mosa (región de Verdún), los franceses han rechazado ataques contra las trincheras últimamente conquistadas en las pendientes de Mort-Homme y contra las trincheras situadas entre la altura 304 y el arroyo de Bethincourt. En la orilla derecha, han rechazado ataques contra las posiciones al Oeste y al Sur del fuerte de Vaux; han recuperado la mayor parte de los elementos en donde habían conseguido entrar los alemanes entre el bosque de Fumín y el de Chenois; han rechazado ataques contra las posiciones al Norte de la altura 321 y una furiosa ofensiva en un frente de 5 kilómetros desde el Oeste de la citada altura hasta el Este de la batería de Damloup, no pudiendo evitar, sin embargo, que los alemanes se apoderasen de las trincheras de primera línea entre las alturas 321 y 320 y de la defensa de Thiaumont; han rechazado al enemigo que había logrado llegar al pueblo de Fleury, de algunas de cuyas casas pudo aquél apoderarse; han rechazado ataques contra los bosques de Vaux, Chapietre, Fumín y Chenois y contra la batería de Damloup; han recuperado gran parte del terreno perdido en la región de las alturas 320 y 321 y la totalidad de los elementos de trincheras perdidos entre el bosque de Fumín y el de Chenois; y han realizado algunos progresos en el pueblo de Fleury.

En otros puntos del frente, han rechazado ataques en la región al Sur de Lassigny; contra las posiciones entre Maisóns de Champagne y Mot Tetu (Champaña), y contra las posiciones del valle del Save (Vosgos).

En el frente inglés sólo ha habido luchas de artillería y de minas.

Los alemanes dicen que han rechazado ataques al Oeste del fuerte de Vaux, que han tomado las posiciones blindadas de Thiaumont, que han conquistado la mayor parte del pueblo de Fleury ensanchando sus posiciones al Sur del fuerte de Vaux, que han hecho fracasar varias tentativas de los franceses para reconquistar las posiciones perdidas en la orilla derecha del Mosa, y que, en el frente inglés, han rechazado un ataque al Este de Iprés.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han arrollado a los austriacos que en la comarca de Ragovitchi habían logrado abrirse paso en un sector; han pasado por diversos puntos el Pruth; han avanzado hacia el Seret y pasado este río, conquistando varios pueblos situados a ambas orillas del mismo; han tomado algunos elementos de trincheras a orillas del Strypa, al Oeste de Gaivoronka; han ocupado varios pueblos de la Bukovina y finalmente Radautz, Gura Humera, Kut y Kampolung, con lo cual se han hecho dueños de toda aquella región.

En el frente alemán han rechazado ataques al Sur de Smorgon y una ofensiva en el sector de Dvinsk y otra en la región de Sokul; y han expulsado a los alemanes de unas trincheras de las que habían logrado apoderarse cerca del poblado de Dubatovska.

Los austriacos han rechazado ataques entre Sokul y Kolki, en Gura Humera, al Oeste de Wisniowzyk, en Buknow, contra las posiciones al Sudeste y al Norte de Radzivilow, al Nordeste de Gorochow, al Este de Nokaczy y al Sudeste de Beresteczko; han penetrado en las posiciones enemigas al Oeste de Torczyn; y han evacuado las alturas situadas al Sur de Berhomelt sin ser hostilizados. Los ejércitos austroalemanes han rechazado en Gruziatyn, al Oeste de Kolki, las fuerzas rusas que habían pasado el Styr; y han realizado considerables avances en Volhynia, al Norte del Lipa, al Nordeste de Gorochow y al Oeste y Noroeste de Torczyn.

Los alemanes han rechazado ataques contra las posiciones al Sudoeste del canal de Logischin y contra Kolki; han asaltado las posiciones rusas en la región de Dubatovska; han contenido una ofensiva al Noroeste de Luzk y a ambas orillas del Turya; han rechazado un avance al Noroeste de Osaritschi; han avanzado al Oeste y



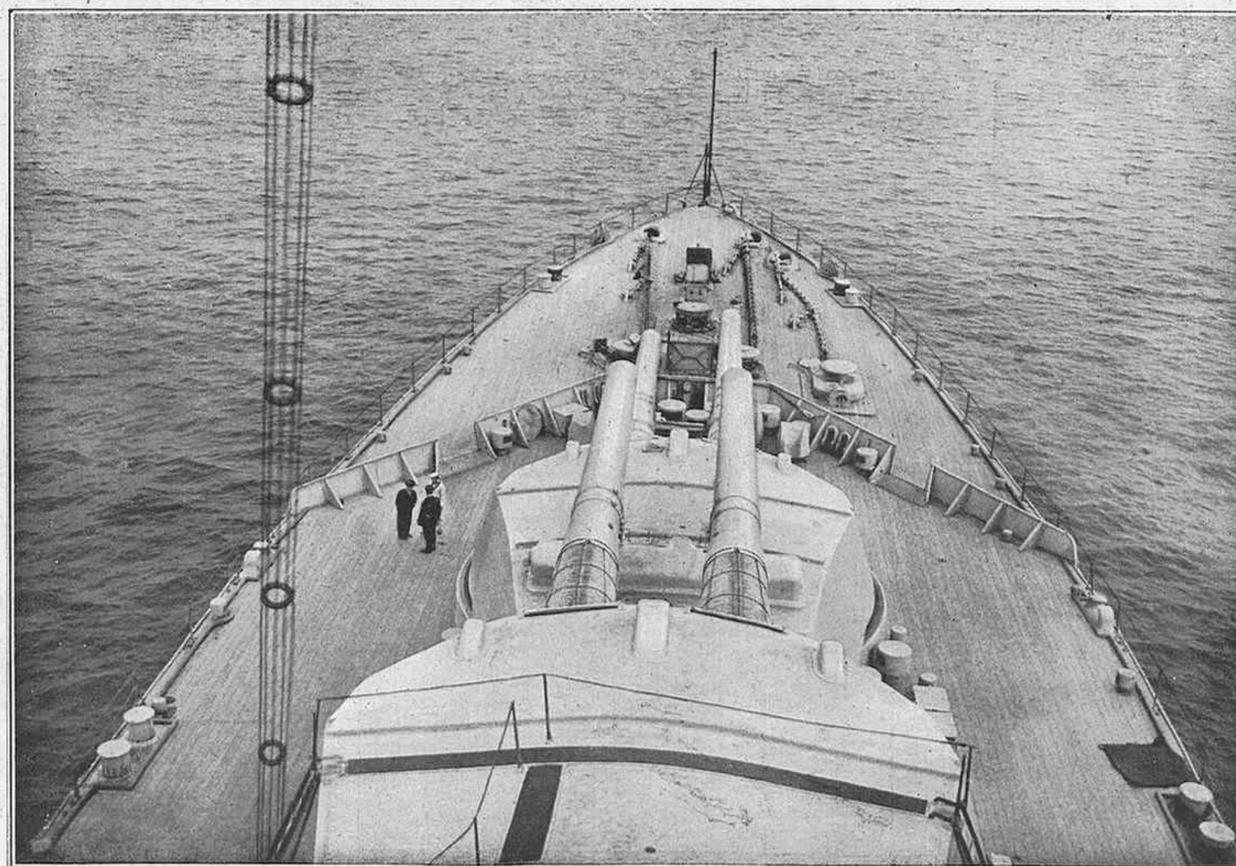
En el frente belga. — El Rey Leopoldo de Bélgica conversando con un oficial en una de sus visitas a las trincheras. (De fotografías de Central News.)

tra puntos aislados entre Brenta y Astico, y varios ataques contra el sector de Rufeddo (Dolomitas), contra las posiciones al Sudeste del Mrzli y contra las del Col di Lana, en el sector de Plocken, y han ocupado varias altas cimas de la frontera en la región del Ortter.

La guerra naval. — Un submarino austriaco ha hundido en el Canal de Otranto el crucero auxiliar italiano *Città di Messina* y el contratorpedero francés *Fourche* que lo escoltaba.

En los Balcanes. — Inglaterra, Francia y Rusia, haciendo uso del título de potencias protectoras que les otorgan antiguos tratados internacionales, han presentado a Grecia una nota colectiva pidiendo la desmovilización real, efectiva y total del ejército griego, la disolución de la Cámara y convocatoria de nuevas elecciones, la salida del ministerio Skuludis y la substitución de todos los funcionarios de la policía que han consentido que se cometieran atentados o manifestaciones contra los súbditos de las naciones aliadas y contra los griegos protegidos de estas naciones.

Italia, que no figura entre las naciones protectoras de Grecia, ha confirmado su solidaridad con los aliados, presentando al gobierno de Atenas una nota en la cual se une a las peticiones hechas y pide que la



Vista de parte de la cubierta del buque de guerra inglés *Revenge*. (De fotografía de Central News.)

desmovilización se aplique a todo el territorio griego, incluso en la parte de la Albania meridional que está ocupada provisionalmente por Grecia.

al Sur de Luzk; han rechazado ataques al Oeste de la línea Berestesko-Brody, al Sur de Illuxt, al Norte de Midsg y al Sur del sector de Plaszewka; y han contenido una tentativa de los rusos para oponerse a su avance, especialmente a ambos lados de Zaturce.

Italianos y austriacos. — Los italianos han rechazado ataques en el trozo del frente al Nordeste y al Norte de Asiago, contra las posiciones últimamente conquistadas en el alto Boite, contra las del monte Magnaboschi (alto valle de Asiago), y contra las de la vertiente meridional del monte Sperone (valle del Ledro); han tomado una fuerte posición al Sudeste del monte Prucho, en el torrente de Posina; han proseguido su avance al Norte del valle de Frenzela; en el valle Arsa han ocupado nuevas posiciones más allá del río Romini y destruido algunas posiciones enemigas; y en el sector del Pasubio han extendido sus posiciones hasta el valle de Piazza.

Los austrohúngaros han rechazado ofensivas con-

Estas notas debían ser apoyadas por una demostración naval; pero ésta no se ha efectuado porque Grecia aceptó todas las condiciones impuestas por los aliados, bien que dirigiendo a los gobiernos de España, Suiza, Holanda y Estados escandinavos una nota protestando contra la conducta de las naciones de la *Entente*.

El expresidente del Consejo de Ministros griego Sr. Zaimis ha formado nuevo gabinete, encargándose, además de la Presidencia, de la cartera de Negocios Extranjeros.

La conferencia económica de los Aliados. — En París se ha celebrado esta conferencia a la que han concurrido trece delegados franceses, siete ingleses, diez rusos, siete italianos, siete japoneses, uno serbio y cuatro portugueses.

El objeto de esta conferencia lo definió perfectamente el Presidente del Consejo de Ministros de Francia señor Briand en el discurso de apertura de las sesiones, en el que dijo, entre otras cosas: «No basta vencer. Es preciso que a la unión militar que habrá asegurado el triunfo de nuestras armas y a la unión diplomática que habrá fundado para el porvenir la penetración pacífica y la mancomunidad de nuestros intereses políticos internacionales, se añada la unión económica, la que garantizará en una armonía fecunda el desenvolvimiento intensivo de nuestros recursos materiales, el cambio de los productos de los países aliados y su distribución en los mercados del mundo.

»El mundo nuevo que surgirá de la victoria reclamará en todos los dominios concepciones nuevas, métodos adaptados a las circunstancias creadas por los grandes cambios que se preparan...

»En presencia del peligro común, cuya terrible aproximación sentimos ya, no hay intereses opuestos, sino una voluntad única y tenaz de hacerle frente para el bien de todos, y la potente luz de los hechos iluminará nuestro camino.»

Las resoluciones adoptadas por la conferencia se dividen en tres categorías: 1.ª, medidas para el tiempo de guerra; 2.ª, medidas transitorias para el período de reconstitución comercial, industrial, agrícola y marítima de los países aliados; 3.ª, medidas permanentes de ayuda y colaboración entre los aliados.

Para el tiempo de guerra, las potencias aliadas han puesto en concordancia las leyes y los reglamentos que prohíben el comercio con el enemigo. Para el período transitorio han decidi-

dos sus tropas tomaron por asalto las fortalezas de Galitch y Nicolaief, sufrieron luego el ataque de los alemanes, rechazándolo, y ocuparon los desfiladeros de los Cárpatos. Cuando el Tsar visi-



El general ruso Brusiloff, jefe de los ejércitos que han obtenido las recientes victorias sobre los austriacos. (De fotografía.)

das prohibitivas contra una agresión económica resultante del *dumping* o de toda otra competencia desleal. Para después de la guerra, los aliados se emanciparán de toda dependencia de los países enemigos y facilitarán sus cambios por todos los medios a su disposición a fin de conservar y desarrollar su situación económica respecto de sus adversarios.

Un submarino alemán en el puerto de Cartagena. — En la madrugada del 21 del pasado junio entró en el puerto de Cartagena el submarino alemán U-35 mandado por el capitán von Arnault, saludando a la plaza con 21 cañonazos.

El capitán von Arnault y los oficiales y tripulantes del submarino desembarcaron, visitando el primero a las autoridades y dedicándose los demás a recorrer la población.

Por la tarde y en tren especial llegó, acompañado de su señora, el secretario de la embajada alemana en Madrid, a quien el capitán von Arnault entregó una carta autógrafa del Emperador Guillermo para el Rey de España dándole en nombre propio y en el de todo su pueblo las más expresivas gracias por la cordial acogida que en nuestro país se ha dispensado a los alemanes del Camerón recientemente internados.

Realizada su misión, que, al parecer, no era otra que la entrega del referido mensaje imperial, a la madrugada del día siguiente y antes de cumplirse las veinticuatro horas que el derecho internacional concede a los buques de guerra beligerantes para permanecer en los puertos neutrales, el submarino U. 35 zarpó con las luces apagadas; la tripulación, sobre cubierta, lanzó tres hurras a España antes de abandonar el puerto. El *Cataluña* le dio escolta hasta el límite de las aguas jurisdiccionales.

El general Brusiloff. — Este general, cuyo retrato publicamos adjunto y que tanta celebridad ha conquistado con motivo de la actual ofensiva victoriosa contra los austriacos, es descendiente de noble familia, procede del cuerpo de pajes imperiales y cuenta sesenta y tres años. Entró en campaña el primer día de las hostilidades y el 11 de agosto de 1914 libró su cuerpo de ejército el primer combate, derrotó a los austriacos y entró en territorio enemigo. Algunos días después de la toma de Lemberg,



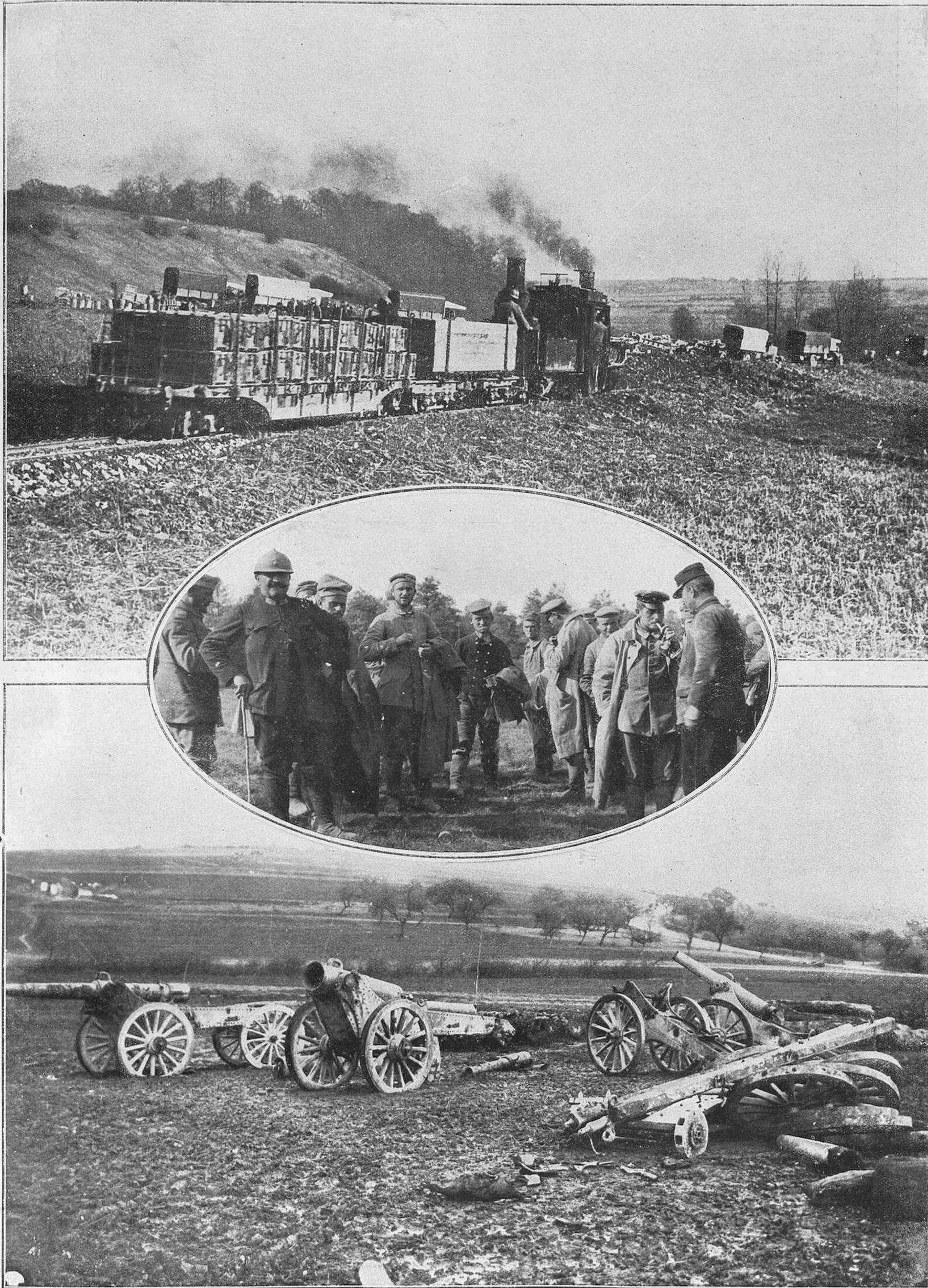
En la Bukovina. — Tropas rusas en una aldea de las inmediaciones de Czernovitz, la importante plaza, capital de la Bukovina, que recientemente ha sido tomada por los rusos (De fotografía de Carlos Trampus.)

do que cada una colaborará a la restauración de las ciudades y pueblos destruidos en las otras, a la reconstitución de su industria, de su marina mercante, etc., y luchar por medio de medi-

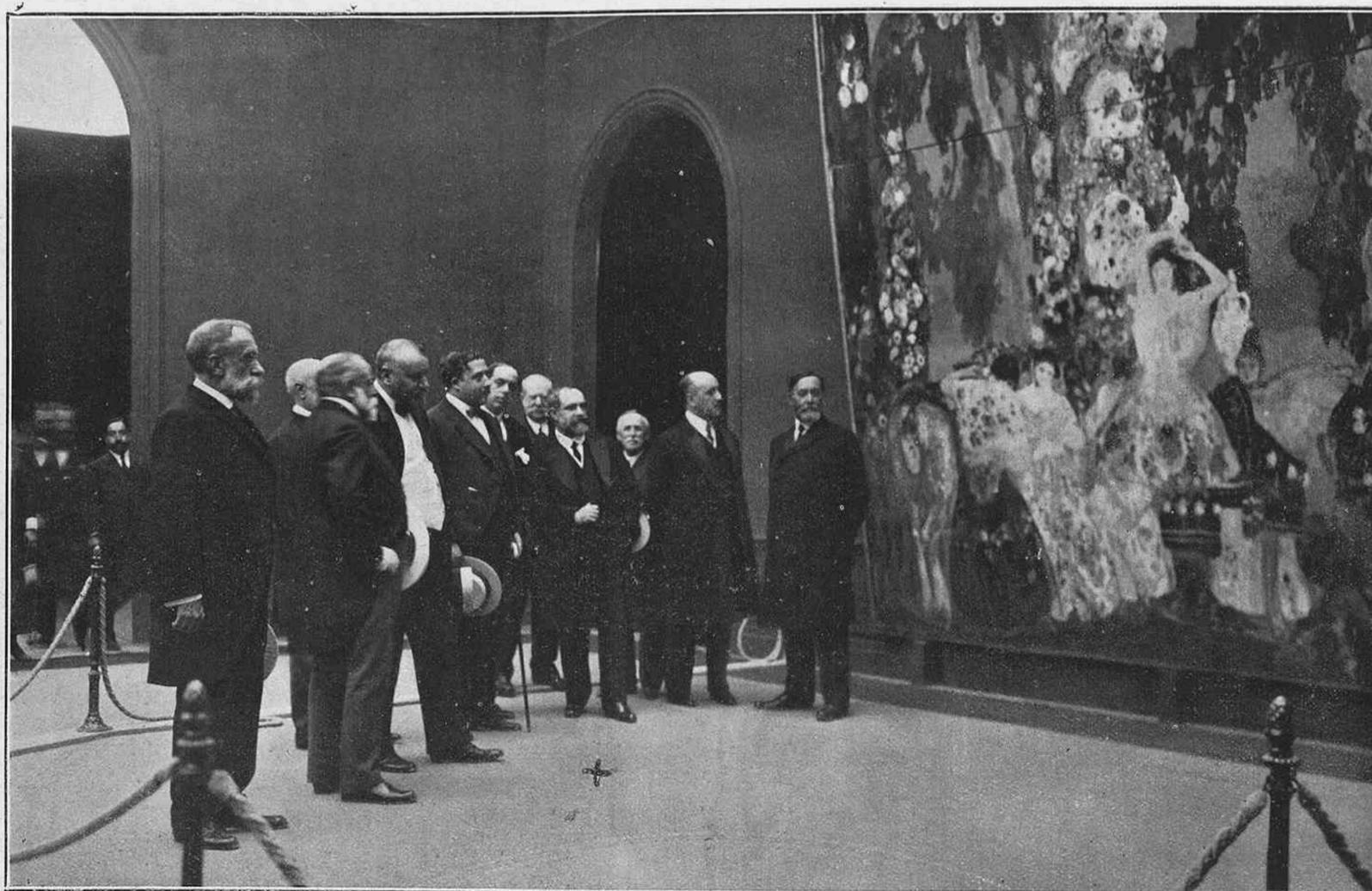
tó el frente de la Galizia, nombró a Brusiloff ayudante general. En la actualidad manda toda el ala izquierda del ejército ruso,



Artillería gruesa dirigiéndose a la línea de batalla. - Cañón de marina disimulado para bombardeos a larga distancia. - Convoy de municiones y cañones hacia la línea de batalla



Aprovisionamiento de Verdún por ferrocarril de vía estrecha. - Prisioneros alemanes hechos en uno de los combates de Verdún. - Cañones desmontados por efecto del bombardeo



Madrid. Inauguración de la Exposición Anglada. — El eminente pintor Hermenegildo Anglada (x) y las autoridades que asistieron al acto inaugural de la Exposición (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. — LA EXPOSICIÓN ANGLADA

A poco de haberse inaugurado la exposición que en el Palacio de Bellas Artes de nuestra ciudad celebró en mayo de 1915 Hermenegildo Anglada, la Asociación de Pintores y Escultores y el Círculo Artístico de Madrid pidieron al eximio pintor que exhibiese sus obras en la Corte, en donde eran conocidas solamente por fotografías. Esta petición fué repetida por gran número de artistas y literatos, entre ellos Pérez Galdós, Azorín, Romero de Torres, Francos Rodríguez, Pío y Ricardo Baroja, Benavente, Vives, Dicenta, Valle Inclán, Ortega y Gasset, Unamuno y muchos más.

Accediendo a estas peticiones y cediendo, además, a sus propios deseos, Anglada ha organizado la exposición recientemente inaugurada en Madrid y a cuya celebración han contribuido espléndidamente las dos entidades antes referidas.

Por su parte, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro y el subsecretario de Instrucción Pública y el director general de Bellas Artes han dado toda clase de facilidades para que las obras de Anglada se instalasen en el Palacio del Retiro en las mejores condiciones.

Todas estas circunstancias, unidas a la fama mundial de que goza Anglada, habían despertado grande y legítimo interés, no siendo, por consiguiente, de extrañar que al acto inaugural asistiese, además de los elementos oficiales, una numerosa y selecta concurrencia en la que figuraban notables artistas, críticos, literatos y aficionados inteligentes.

Del elemento oficial concurrían el capitán general de la región Sr. Marina, los gobernadores civil y militar señores Roselló y Sáenz de Bu-ruaga, el alcalde duque de Almodóvar del Valle y el director de Bellas Artes Sr. Anguita, a quienes recibieron Anglada y en representación del Círculo de Bellas Artes su presidente Sr. Francos Rodríguez y el celebrado pintor D. Marcelino Santa María.

El acto inaugural se limitó a recorrer las autoridades y los invitados, la Exposición y a declararla el Sr. Anguita abierta en nombre del gobierno.

La Exposición, en la que figuran tres dibujos al carbón y veintinueve cuadros al óleo, ha constituido un éxito grandísimo para el Sr. Anglada.

GUADALAJARA

S. M. EL REY EN LA ACADEMIA DE INGENIEROS

Con objeto de entregar los Reales despachos a los nuevos oficiales de Ingenieros ha visitado S. M. D. Alfonso XIII la Academia de Guadalajara.

El Monarca, a quien acompañaban los generales Aznar y Silvestre, fué recibido por el ministro de la Guerra, por el director de la Academia, por varios generales, jefes y oficiales del cuerpo de Ingenieros y por el gobernador de la provincia y el alcalde de Guadalajara.

El batallón de alumnos, con la banda de música del segundo regimiento de Zapadores, rindió los honores correspondientes al Rey, quien, después de haber revisado a los alumnos, procedió a la entrega de los Reales despachos a los nuevos oficiales.

Terminado aquel acto, el coronel director de la Academia D. José Madrid, pronunció un breve y patriótico discurso, prometiendo inquebrantable lealtad al Rey y a la Patria, de la que es honra el cuerpo de Ingenieros.

El Monarca, dirigiéndose a los nuevos oficiales, les dijo:

de Infantería para facilitarle el ataque; es el que ayuda al de Artillería para reducir las bajas, y al de Caballería cuando ésta se emplea en destruir puentes y obras de fábrica. Vuestra misión no termina ahí; el oficial de Ingenieros tiene que poner a contribución cuanto le sugiere su inteligencia, tiene que utilizar todos los elementos de que disponga para conseguir la victoria.

»Señores oficiales: Yo deseo a esta promoción toda clase de suertes, y si alguna vez desmayáis, acordaos de que pertenecéis al Ejército español, y lleváis los castillos en el cuello, y gritad: ¡Viva España!»

Un estruendoso viva respondió al Monarca, seguido de otros vivos al Rey.

Acto seguido, el Soberano visitó las principales dependencias de la Academia, haciendo grandes elogios de las instalaciones y muy especialmente del material de las de Física y Química.

A los profesores de la Academia les hizo atinadísimas preguntas, demostrando una vez más que sigue cuantos adelantos surgen en todos los ramos de la ciencia y ofreciendo interesarse a fin de que nada falte en aquella Academia para la enseñanza de las futuras generaciones de oficiales.

Después D. Alfonso y su séquito fueron obsequiados con un *lunch*, durante el cual conversó el Monarca con el número 1 de la promoción, el teniente D. Francisco de Rojas, y con la mayoría de los allí presentes.

Entre entusiastas aclamaciones salió el Rey de la Academia, dirigiéndose a la finca de Miralcampo, propiedad del conde de Romanones, para almorzar en ella.

A las cuatro y media de la tarde regresó el Soberano a Madrid.

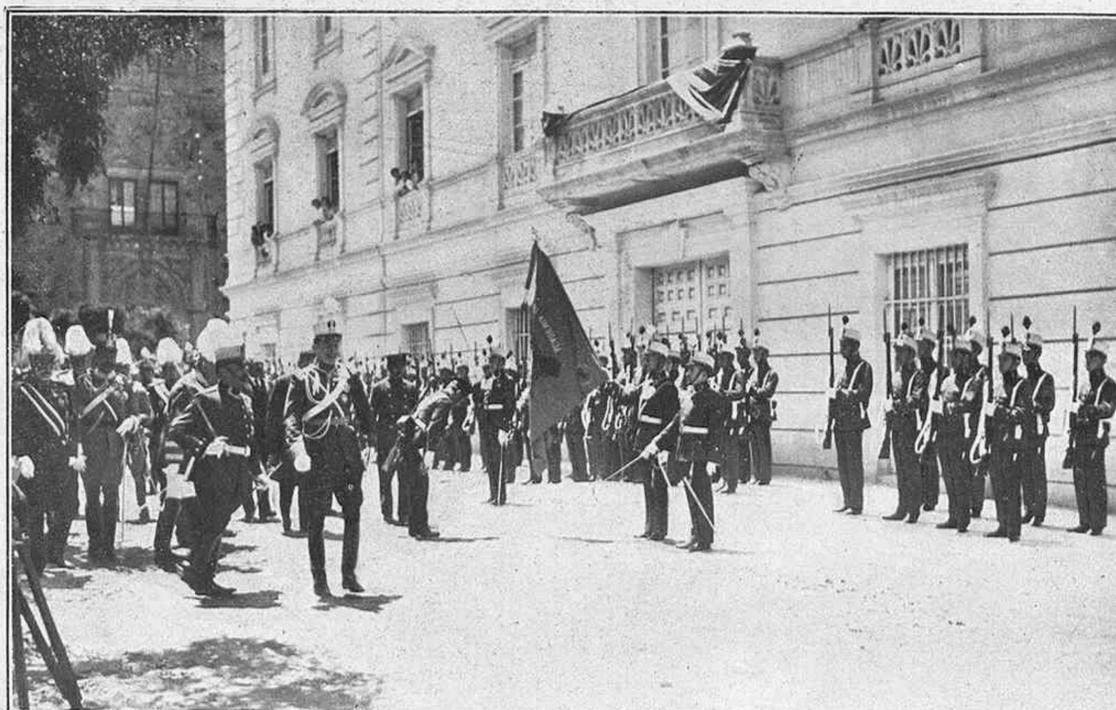
Los nuevos oficiales y los que de Madrid habían ido a Guadalajara para presenciar el acto, se reunieron en fraternal banquete.

Fué un almuerzo de 200 cubiertos y reinó en él gran animación.

El coronel Ugarte leyó una carta que conserva del general Prim encomiando al cuerpo de Ingenieros; y el general Pando y otros generales y oficiales pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos.

El día antes habían llegado a Guadalajara procedentes de Cuatro Vientos, tres biplanos Parmán para crear la escuadrilla de estación que funcionará en aquella ciudad, pilotados por el capitán Riaño y los tenientes Gómez Lucín y Montero.

El aparato que pilotaba el teniente Montero aterrizó violentamente por entorpecimiento del motor, sin que, afortunadamente, a causa de esta avería sufriese el aviador daño alguno.



Guadalajara. — S. M. el Rey D. Alfonso XIII revistando a los alumnos de la Academia de Ingenieros, adonde fué el Monarca con objeto de entregar los Reales despachos a los nuevos oficiales. (Fot. de nuestro reportero Vidal.)

«Señores oficiales de Ingenieros: acabáis de oír de labios de vuestro coronel cuáles son las virtudes que adornan al Cuerpo y lo que éste siempre ha sido.

»No tengo nada que añadir a lo que os ha dicho; por eso está aquí para dirigiros.

»El sabe lo que yo espero de los Ingenieros cuando vayan a cumplir con su deber.

»En este momento la guerra europea nos enseña que el oficial de Ingenieros no es sólo el que manda una sección de zapadores, el que tiene a su cargo el arreglo de una carretera o de una vía férrea, el que tiende un puente, el que establece las comunicaciones telegráficas; es el que acompaña al oficial

LA ESPUMA DEL MAR

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE J. BASTÉ



... vi a doña Clarita más blanca que de costumbre, abandonada sobre el respaldo del sillón

Como yo fingía tener puesta toda mi atención en la lectura del otro periódico, masculló el resto, y no volvió a decir una palabra hasta que volvió Valentín. No sé cómo éste tuvo ganas de hablar; pero lo cierto es que habló, diciendo lo primero que le vino a la cabeza:

— ¿Qué tiempo hace, Sr. Bini?
 — No me he fijado.
 — Hoy amenazaba lluvia... Apostaría a que lloverá mañana.
 — ¿Le parece?.. No lloverá; no hay peligro de que llueva.
 Pero yo hubiera jurado que ya había llovido, al menos sobre mis palabras y sobre las tuyas.
 Finalmente entró Anita.
 — ¿Usted aquí?, dijo el Sr. Bini, levantándose para saludarla. ¿Y doña Clarita?
 — Está ahí, un poco indispuerta..., una cosa de nada... ¿Qué tiempo trae usted?
 — Excelente.
 Cuando, un cuarto de hora después, el viejo se levantó para marcharse, yo le hubiera dado un beso.
 — Mañana por la mañana iré a ver a usted, me dijo.
 — Todo el día me tiene a su disposición, le contesté.
 Apenas hubo desaparecido el viejo detrás de la puerta, pregunté yo ansioso a Valentín:
 — ¿Cómo está?
 — Muy bien; había tomado un susto más grande que la peor de las realidades; ahora lo sabe todo, y está tranquila, como yo.
 «Tú no estás tranquilo, pensé.»
 Anita, mientras tanto, había corrido al cuarto inmediato, y volvía dando la mano a su amiga, la cual había puesto en sus pálidos labios una triste sonrisa, como para hacerse perdonar la debilidad de poco antes, y me dijo:
 — ¿Conque usted lo sabe todo? Valentín hizo con usted lo que yo con su buena Anita. Pues bien, más vale así; seremos más fuertes, ¿verdad?
 — Es muy cierto, contesté experimentando una carcajada que me salió muy mal; es muy cierto, y verá usted cómo el cielo hará las cosas divinamente.
 Me pareció haber tomado el buen camino para espetarles un valiente discursito...; pero doña Clarita no me dejó concluir.
 — ¿Y si no hubiese?..
 Calló un instante, como asustada de su pensamiento, y añadió luego meneando la cabeza:
 — Somos aquí cuatro que deseamos la muerte de un desgraciado; es una cosa cruel. Anita y usted no tienen ninguna culpa; lo hacen porque nos quieren; pero yo soy mala, tengo el corazón duro..., soy una egoísta...
 Trató de sonreírse, pero yo vi que tenía ganas de llorar, y le dije:
 — Llore, llore; cuando uno tiene el corazón duro como usted, no debiera tener glándulas lacrimales... Pero puesto que usted tiene, sírvase de ellas, llore; llora también tú, Valentín; hasta Anita llorará, y yo también... Nadie nos ve...
 La simpática mujercita lloraba y reía a la vez.
 Al día siguiente iba yo a salir, cuando Anita me dijo:
 — ¿Y si viene el Sr. Bini?
 — Si viene y no me encuentra, recíbelo tú. Ese viejo me fastidia ya con su misterio; cuando se va a casa ajena y se lleva un nombre falso, no se tienen buenas intenciones...
 — ¿Qué dices? ¿Sospechas acaso?..
 — No sé qué, pero no me place ponerme a descubierto delante de uno que oculta su personalidad. Si yo me quedase y él viniese, estaría tentado de preguntarle qué viene a hacer a mi casa, qué intenciones tiene y cómo se llama.
 — ¡Aquí está!, dijo Anita.
 — Era, en efecto, su manera de llamar; puse mi índice a través de los labios y me fui al comedor, mientras se abría la puerta; del comedor al estudio, mientras el Sr. Bini entraba en la antesala; del estudio a la antesala, cuando él pasaba al comedor, y de la antesala a la escalera, en el preciso momento en que el viejo desenvuelto metía su nariz recta y sutil en mi estudio, para ver si yo estaba, como acostumbraba hacerlo.
 Estuve casi dos horas fuera de casa; regresé cuando estuve seguro de que el apócrifo Sr. Bini estaba en su café, sentado a su mesita, comiendo su bistec cotidiano, su panecillo y su vasito de Chianti.
 Anita me salió al encuentro en el rellano de la escalera; le brillaban los ojos, tenía las mejillas encendidas; recibió mi beso, me lo restituyó presurosa y me dijo:
 — ¿Sabes? He hecho una gran temeridad.
 — ¿Una sola? Al verte, hubiera sospechado que al menos habías hecho un par. ¿Es muy grande si quiera?
 Yo me chanceaba, porque se me figuró que habría hecho alguna adquisición convenientísima con el di-

nero de la compra, o una limosna para asegurarme el cielo.
 — Es grande, es enorme; repuso, pero me alegro mucho de haberla hecho. Has de saber que apenas hubo entrado el Sr. Bini, al ver que tú no estabas en casa, dijo:
 «¡Mejor!»
 — ¡Tunante!
 — Y sin preámbulos me preguntó si yo sabía quién era el Sr. Salvioni. Adivina qué contesté.
 — Que hiciera el favor de decírtelo él, si lo sabía...
 — Al contrario; se lo he dicho todo; me lo he tenido aquí, con la boca y los ojos abiertos, media hora, vaciando un saco de impropios (te lo puedes imaginar) sobre aquel padre sin conciencia, que deja sufrir a dos criaturas tan buenas..., «porque después de todo, he dicho, si el Sr. Salvioni se encuentra, y es bribón, y tiene el capricho de reclamar a su mujer, el código, que parece hecho a propósito para los bribones, se la da; mientras que su padre podría..., creo yo...» Así se lo he dicho... ¿He hecho mal?.. No digas que he hecho mal, porque sé que he hecho muy bien.
 — ¿Y él?..
 — Impasible... «¡Ah!», «¡oh!», y nada más. Entonces le he dicho que aquel duque o aquel marqués, en lugar de corazón, debía de tener uno de sus cuarteles de nobleza..., y que me gustaría conocerlo, y mientras tanto le miraba bien de frente..., así...
 — ¿Y él?
 — ¡Oh!», «¡ah!», y nada más; pero de pronto se dió una palmada en la frente (¡el comediante!, ¡qué bien representa su papel!) «es necesario encontrar al padre», dijo, «es lo primero, hay que encontrarlo». ¿Usted mismo conviene en ello?.. Y, diga usted, ¿sabe usted lo que nosotros sospechamos al ver a usted? (así mismo se lo he dicho). «¿Que yo era el padre?», preguntó riendo. ¡Justamente! «¡Buena idea, buena idea, repuso él, soy yo!» Me hizo repetir toda la historia, tomó algunas notas en su *carnet*, y se fué sin esperarte...
 Estuve un momento pensando.
 — ¿He hecho bien o mal?, me preguntó Anita, impaciente a causa de mi silencio.
 — No sé..., es decir, sí, has hecho bien. Pero ¿qué deduces de todo eso? ¿Quién te parece que es el señor Bini?
 — En primer lugar, no es el Sr. Bini; además, me parece que no es el padre de Clarita.
 — ¡Ah!, suspiré meneando la cabeza, después de otro momento de reflexión.
 — ¡Si al menos hubiese muerto!, repuso Anita, leyendo en mi pensamiento.
 — Y bien, sí, ¡si al menos hubiese muerto! Y no creas que sea augurar mal al prójimo, porque, ¿ves?, hay que considerar a los muertos en este momento como un número fijo, inexorable, que yo ignoro, pero que la estadística sabe muy bien. Si entre estos muertos no hay uno que se llama Salvioni, habrá en su lugar otro que no nos ha hecho nada y hacía muy bien en vivir... Por consiguiente...
 Mi mujer me miraba estupefacta; era el efecto que yo esperaba, porque aquella idea que mi conciencia había ido a pescar no sé donde, me asombraba a mí mismo.
 — Por consiguiente..., proseguí, nosotros no queremos la muerte de nadie, nosotros no regalamos a nadie a la estadística de los cadáveres... Sólo deseamos..., en fin, ya me has comprendido. ¿Estás persuadida?
 — ¡Más que persuadida! Para mí el Sr. Salvioni es un bribón, que debería haber muerto; y si no ha muerto, hará bien en morirse pronto, pues no tenemos tiempo que perder, y se lo auguro con todo mi corazón.

XIV

EL SR. SALVIONI ESCRIBE

¿Quién ha dicho que en las grandes alegrías y en las grandes penas es imposible conocer a su semejante?
 Alguien lo ha dicho de seguro, y a éste respondo que en las excitaciones de la pasión, precisamente, y sólo en éstas, es posible conocer y juzgar a su semejante.
 Mirad al hombre de todos los días: superficie aliada por las convenciones, por la seriedad, por los hábitos; aplicada al hombre de todos los días la lente de un dolor, de una alegría, de un terror, de un despecho, y en seguida lo que os parecía liso se vuelve áspero.
 Entendámonos: se necesita saber mirar; porque si una miga vista con el microscopio se vuelve una

montaña, no me es lícito sentenciar que ha dejado de ser una miga.
 Cuando me encontré ante los ojos el grande afán de Valentín, vi por primera vez, como a través de un microscopio, el secreto de sus costumbres indeterminadas, perezosas y fantásticas.
 Exageraba tanto, que se hallaba transformado; su indolencia, de la cual solía salir a sacudidas nerviosas, se me convertía en apatía, de donde le sacaban arrebatos de cólera, ternezas, puntillos, sobresaltos de humor terco; ya era burlón, y ahora es mordaz, no sólo ya original, sino extravagante; erizado en suma como una montaña en la superficie, pero siempre la misma buena miga de hombre en la substancia.
 Lo que me lo volvía así era su grande afán; y si alguna vez me he alegrado de ser algo filósofo, fué en aquel día de ansia cruda y cruel.
 Cada mañana subía a buscarme, pero no quería decirlo, y yo fingía siempre estar a punto de marchar, o acordarme de pronto de un asunto que me obligaba a salir, todo a fin de poderle acompañar.
 Sin hablar de ello una palabra, y como si fuese cosa convenida, lo primero que hacíamos era ir a Correos.
 Era él quien se asomaba a la ventanilla para decir:
 — *Nebuli*.
 Era yo el que cogía las cartas y las examinaba.
 «Esta viene de Roma... Esta de Nápoles... Esta de Turín...»
 Me hacía seña de abrirlas, y las abría.
 «Esta empieza: «*Caro Valentín*» y va firmada por *Serpoli*... Esta otra dice: «*Ilustre señor*... y la firma... etcétera».
 Entonces él cogía sus cartas, las miraba a cierta distancia con un resto de miedo y se las metía en el bolsillo.
 Volvíamos a casa algo menos mudos que antes, pero nada locuaces.
 — ¡Hasta mañana!
 — ¡Hasta mañana!
 Si le preguntaba:
 — ¿Qué has hecho hoy?
 Me contestaba:
 — ¿Qué quieres que haga?.. ¡Nada!
 — Yo te diré lo que has hecho: te has atormentado; has sufrido; di la verdad.
 — Pues bien, sí, me he atormentado; ya es algo, y no sé hacer otra cosa; hasta que no reciba esa mal dita carta que ha de venir...
 — Y cuando no esperabas la carta, era el pleito...
 — Aun dura.
 — Y antes del pleito, esperabas la herencia...
 — Entonces tenía mis veinticinco años que ya no tengo; esperaba los treinta y ahora ni siquiera tengo éstos... Esperaba el porvenir.
 Y yo, esforzándome por no adoptar un tono solemne, replicaba:
 — El porvenir, amigo mío, es el mayor enemigo del presente y es enemigo fatal, porque nos halaga, porque se esconde...; hay que apaciguarlo o domarlo.
 — ¿Y cómo se le apacigua? ¿Y cómo se le doma?
 — Trabajando.
 — ¿Estás seguro?
 A decir verdad, no estaba seguro, porque no siempre, ni aun trabajando, se le apacigua o se le doma; pero si el éxito no responde al esfuerzo, siempre queda el consuelo..., ustedes saben cuál.
 Yo decía para mí:
 «Cuando Valentín haya ganado o perdido el pleito, cuando haya embolsado la herencia y restituido la mujer, o viceversa, entonces quizá ponga un poco de orden en sus ideas, y no es posible que se deje engañar por el porvenir.»
 Esto me decía, pero sin fiarme demasiado.
 Una mañana había salido de Correos; las cartas eran numerosas, y yo me había apoderado de ellas por la fuerza de la costumbre y nada más, porque, después de tantos temores vanos, hasta el amigo Nebuli empezaba a cobrar valor, y hubiera sido muy capaz de prescindir de mi asistencia.
 Yo había adoptado un tono burlón, una especie de solemnidad nasal, de la cual (¡quién sabe!) hasta Valentín era capaz de reírse.
 Aquel día yo iba diciendo:
 — «Al célebre Sr. D. Valentín Nebuli, pintor... San Pedro de Arenas, 20 de noviembre...» Es uno que quiere tentarte para que le vendas la *Espuma del mar*; si no te dejas seducir esta vez, te pondremos debajo de una campana de vidrio... Adivina la cantidad que te ofrece..., *mil* liras... ¿Qué le contestamos al Sr. Campori?.. Contestémosle que en San Pedro de Arenas tiene un mar mejor que el tuyo..., que lo haga meter en un cuadro, y gastará menos...
 Valentín se rió.

— Esta es de una que ha conocido a un tal Salvioni..., bresciano, estudiante de medicina en Pavía..., rubio... No tenía ninguna cicatriz, pero puede habérsela hecho después...» Se remite a tu generosidad para la gratificación... Esta otra...

Pero aquí encontré un obstáculo, un obstáculo enorme. Me parecía mentira, y volví a leer. Cesé de reír.

Aquella carta decía:

«A D. Valentín Nebuli, en Lista de Correos, Milán.

»Estimadísimo señor,

»Si el Gran Jorge ha muerto, lo siento bastante, porque era mucho mejor que muchos de los que viven; dígame cuándo y dónde puedo encontrar a la persona que desea saber noticias de José Salvioni; yo se las daré muy auténticas, porque José Salvioni soy yo. Escribir Lista de Correos, Milán».

Valentín leyó en mi cara la mala noticia, porque, sin decir una palabra, me quitó la carta de la mano, y me miró con una amarga sonrisa.

— ¡Por fin!, balbució; ¡mejor!, la farsa duraba demasiado.

Dobló la carta sin leerla, se la metió en el bolsillo, y abrochándose el gabán, apretó el paso.

No sabiendo qué decirle, caminaba yo a su lado, en silencio.

En el paso, en el modo de erguirse y mirar delante, mi amigo tenía un vigor extraño que era desesperación.

De pronto se detuvo, sacó la carta, la leyó y palideció.

— ¡Él aquí, en Milán! ¡Ah!, ¡pobre Clarita!

Y su falso vigor se desvaneció.

— Escucha, le dije, conmovido; aun no ha concluido todo; quizás hay un remedio...

— Uno sólo..., huir..., trocar los papeles; ser yo el culpable, él el purísimo... ¡No, no, que venga..., le espero!

Pero al decir estas últimas palabras le temblaba la voz.

— ¿Le escribirás?

— Sí.

— ¿Se lo confesarás todo?

— Sí.

No era el momento a propósito para decirle todo lo que yo pensaba, pero pensaba que aquél era el mejor modo de hacer la peor de las tonterías, y me proponía demostrárselo más tarde.

Doña Clarita nos salió al encuentro e interrogó con la mirada.

Valentín tuvo la fuerza de reírse para engañarla, pero ella leía con los ojos del amor, y seguía interrogándonos a él y a mí.

Finalmente dijo:

— Vive, ¿no es cierto?

Y como ninguno de nosotros contestó, murmuró ella:

— ¡Ah, Valentín!

Y quedóse inmóvil, en medio de la estancia, con los ojos abiertos, fijos y lacrimosos.

De pronto Valentín se llevó las manos a la cabeza y huyó para ocultar sus lágrimas.

Yo miré hacia la puerta detrás de la cual había desaparecido, después hacia la ventana, por la que entraba un alegre rayo de sol, luego la carita blanca y los ojos abiertos, fijos y lacrimosos de doña Clarita.

Sentí que debía acercarme a ella; me acerqué en efecto, pero nada me sugirió una palabra de consuelo.

Por último cogí a la pobre una mano que ella me abandonó sin resistencia alguna.

— ¡Si usted supiese cuánto nos amábamos!

No dijo más que esto.

Después se enjugó las lágrimas, retiró delicadamente su mano de las mías, y excusándose con la mirada, se fué a hacer una caricia a mi pobre amigo.

Y yo la seguí como un aturdido.

XV

EL SR. SALVIONI SE PRESENTA

De todos, la única que, en vez de sentir menguar su valor, lo sintió crecer, fué mi Anita.

Empezó por bajar a casa de Nebuli, para decir a su Clarita algunas palabras sin sentido común, con las cuales se habla al corazón, luego volvió a subir y se me plantó delante para anunciarme que necesitábamos hacer algo...

— Hagamos algo, contesté; ¿y qué quieres que hagamos?

— Discurramos; ese malhadado Salvioni viene, ve

de nuevo a su mujer, se digna encontrarla bonita, le parece reanimarse el apagado fuego de aquí o acá (esto diciendo se tocaba diversos puntos del pecho), ni él mismo sabe dónde, porque nunca ha tenido corazón; se admira de haber estado tanto tiempo sin ella, y se la lleva... para volver a dejarla plantada al cabo de un mes. ¿Es así como lo entiende tu código?

Ni siquiera a mí, que debía saberlo poco o mucho, me parecía posible que mi código lo entendiese así.

— ¡Ah!, exclamó Anita, vamos a ver, tú tienes un código; mira si contiene una ley que prevea nuestro caso. Clarita y Valentín, ¿no pueden ir a declarar las cosas como están para anular aquel primer matrimonio de burla y regularizar este otro al que falta tan poco?

Yo decía que no con la cabeza.

— Míralo... Yo misma estoy segura de que no hay tal ley, precisamente porque debiera existir; pero de todas maneras el mirarlo cuesta poco.

— Te aseguro que no existe.

— Entonces cuando dos no se pueden sufrir, cuando el marido es un bribón y martiriza de mil maneras a su mujer, ¿qué remedio hay?

— Hay la separación, me parece... Que yo sepa, no hay otro remedio.

— Menos mal, nadie puede obligar a Clarita a ir a vivir con ese pillastre de Salvioni, y no irá, y se separarán en regla.

— Puede ser que Salvioni no se oponga.

— No faltaría más sino que después de tantos años volviese con pretensiones... Se las haremos deponer.

— ¿Con qué derecho? ¿Quiénes somos nosotros?

— Los amigos de...

— De Valentín y de ella, es decir los cómplices de la intriga. ¿Te parece?..

Breve pausa, después de la cual, dijo Anita:

— Es necesario que se separen; doña Clarita no puede volver con ese hombre, que es casi un extraño para ella; mas para esto conviene inducir al marido a que él también pida la separación, porque si se opusiese, creo que habría que entablar un pleito...

o qué sé yo cuanto. Y para que el Sr. Salvioni se preste a pedir la separación, habrá necesidad de darle dinero y de evitar que vea a su mujer; si no, ¿quién nos asegura que no le tentará otro diablo?

— Lo tentaría; te aseguro que si vieses a Clarita, lo tentaría...

— Cuando estén separados legalmente, entonces...

— ¿Entonces?

Lo pensamos un poco. Todo iba bien hasta aquí; Salvioni volvía, se le hablaba muy serio, se le amenazaba con obligarle a mantener a su mujer, si tenía algún dinero; si no lo tenía, se le daba alguno..., y se hacía la separación...

Hacia muchos días que el Sr. Bini no se había dejado ver, y yo, en mi fuero interno, daba la culpa de ello a mi mujer, pensando que seguramente había sido ella la que, con su franqueza, lo había espantado de aquel modo.

Hablando con Anita, levanté la cabeza y vi de pronto la conocida nariz recta y sutil, la sonrisa maliciosa, los ojos ladinos y demás, y antes de que yo hubiese tenido tiempo de invitarlo a sentarse, todo el Sr. Bini se había inclinado, había dado la mano a mi mujer y se me había sentado delante.

— ¡Noticias!, ¡noticias!, exclamó con aquel énfasis moderado, que era el grado máximo de su entusiasmo. He encontrado ocho Salvioni; aquí los traigo (y se golpeaba el bolsillo del chaleco), ocho Salvioni, muertos todos en la flor de la edad; el más viejo no tenía más que sesenta y cinco años.

Le miré de frente temiendo que se chancease, y le vi muy serio.

— Es consolador el ver cómo mueren esos Salvioni. Parece una epidemia; mas por otra parte es un horror el pensar con qué facilidad se reproducen. ¿Saben ustedes cuántos Salvioni del sexo masculino hay en Milán?.. ¡Quince!, pero hay cuatro que todavía van a la escuela, y cinco que son ya maduros, tienen mi edad; de los demás, el único que se llama José no debe ser el marido de doña Clarita, porque todavía mama; todo esto lo he averiguado en las oficinas del Estado Civil.

Le dejábamos hablar bajando la cabeza.

El interpretó mal nuestra actitud y añadió:

— No era el camino que había que seguir. Lo sé, no es culpa mía; un empleado del Estado Civil recordaba, pero sin estar seguro..., que un tal José Salvioni... precisamente de la edad que yo decía... ¿De Brescia? Sí, de Brescia... Había ido, años atrás, en averiguación de un matrimonio, entre un desconocido y una desconocida, celebrado hace veinte años; la cosa había parecido extraña al empleado, que por

esto lo recordaba. «¡Es él!, dije yo. A ver si en el registro civil se encuentra ese José Salvioni bresciano?» «A ver». No se encuentra. Entonces voy a la Policía, y pregunto: «Deben haberse incoado diligencias en busca de un tal José Salvioni, bresciano, rubio, con una cicatriz en la frente; ¿qué ha sido de él?» Me contestan que no se puede saber nada. Insisto; se busca. Ustedes saben que el mundo no es una bola, como algunos dicen; ninguna de las cosas del mundo es propiamente una bola, hay quien tiene esta errónea opinión, y cuando ha dado el empuje a un negocio, cree hacerlo correr un buen trecho. ¿Y qué sucede? El negocio rueda, pero al primer obstáculo se detiene. Aquellas diligencias se habían detenido a medio camino, porque a ninguno de la policía urgía saber noticias de Salvioni. ¿Qué había hecho, el pobre? ¿Se había olvidado de llevar consigo a su mujer? ¡Gran cosa! Semejante distracción puede tenerla mañana hasta cualquier agente de policía.

— ¿Luego?, pregunté fríamente.

— Ahora que se ha dado con la diligencia, a empujarla, a darle diez empujones, ciento, todos los necesarios para que dé la vuelta al mundo, si hace falta, pienso yo; y el Sr. Salvioni, vivo o muerto, tendrá que salir.

Calló mirándonos, maravillado de nuestra impasibilidad; por fin dijo con una sonrisa maliciosa:

— Comprendo, comprendo... ¿Con qué derecho me mezclo en este asunto?.. Mi querido D. Fernando, usted debe saberlo, yo necesito que Valentín pierda el pleito, pero la mujer no; así me dará la *Espuma del mar* más pronto.

De buena gana me hubiera estado callado para hacerle pagar con un poco de curiosidad toda su sabiduría impertinente. Pero Anita hubiera hablado antes que yo, si yo no hubiese dicho con cierta gravedad:

— José Salvioni vive, está en Milán, ha escrito, y vendrá.

Donde hay una coma, yo había puesto una pausa breve y un pequeño rayo.

El efecto fué extraordinario.

El Sr. Bini se golpeó la frente y no supo qué contestar, él que tenía contestación para todo. Después, como despertando de repente, dijo:

— ¡No es posible!

— Es la verdad.

— No es posible; tengo a todos los Salvioni de Milán en las puntas de los dedos... El Estado Civil...

— Su Estado Civil, interrumpió Anita continuando en su manía de hacer un extraño abuso del pronombre posesivo, su Estado Civil no tendrá las manos bastante anchas y querrá abarcar demasiado, y se le habrá escapado un Salvioni por entre los dedos...

— O tal vez, dije yo, este Sr. Salvioni que se presenta no tenía su domicilio en Milán; y esto es más natural, porque si hubiese estado aquí, hubiera oído hablar de Valentín Nebuli y se hubiese dejado ver sin esperar el anuncio de los periódicos.

Yo había dado en el quid, porque el Sr. Bini fingió no poner atención en mis palabras, no sabiendo qué rebatir.

Empezó, como yo esperaba, la granizada de preguntas que recibí con cortesía, contestando o dejando contestar a Anita, para ver si entre los tres encontrábamos alguna solución al conflicto.

Pero no; la solución era siempre la misma: venía el marido, renunciaba o no renunciaba a su mujer; a las buenas o a las malas, se hacía la separación, y luego... ¿qué?

Todos convenían en que doña Clarita no debía dejarse ver, que las negociaciones con el marido debía tratarlas Valentín, con ayuda de un diplomático más sereno, y que era necesario inventar una buena novela para salvar el decoro...

— El decoro está salvado, y la novela yo me la sé, dijo el Sr. Bini; si es preciso, acudiré al tribunal para que todos sepan que doña Clarita es mi hija!

— ¡Ah!

— ¡Oh!

— ¿Se asombran ustedes?.. Me la he hecho hacer de encargo en París, donde se hacen muy bien. Además, los tribunales no desmenuzan tanto en esta clase de asuntos. ¿Cómo sucedió, si yo nunca estuve en París? He de saberlo solo.

Le mirábamos estupefactos todavía por su idea singular.

Yo pensaba:

«¿Se chancea o quiere adoptar a Clarita?..»

De pronto oímos pasos presurosos en la antesala, y una voz conocida llamó vibrante:

— ¡Fernando! ¡Fernando!

(Se continuará.)

BUENOS AIRES. - PLAQUETAS ARTÍSTICAS

La casa Horta y C.^a, que va a la cabeza de cuantas se ocupan en la acuñación de medallas, tuvo la feliz y patriótica idea de conmemorar el Tercer Centenario de la muerte del inmortal Cervantes acuñando una plaqueta que recordara acontecimiento digno de eterna memoria.

Catalana la casa, encargó el dibujo a un artista catalán, el Sr. Bertrán, ventajosamente conocido por sus geniales exlibris, dibujo que para mayor fidelidad histórico-literaria fué sometido, antes de forjar el cuño, a dos cervantistas sobradamente conocidos, catalanes también, el Dr. D. Luis Ricardo Fors, verdadera autoridad con cuanto al Manco sin par se refiere, y D. Cándido Robert, cuya erudición bibliográfica e iconográfica es de todos apreciada.

La plaqueta, que ha de ser buscada con afán por los cervantistas y aun por los simples coleccionistas de medallas, es, como se puede apreciar por el dibujo que publicamos, una obra que honra los talleres de donde saliera.

En el anverso de esta plaqueta se lee:

«La libertad es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni la mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.»

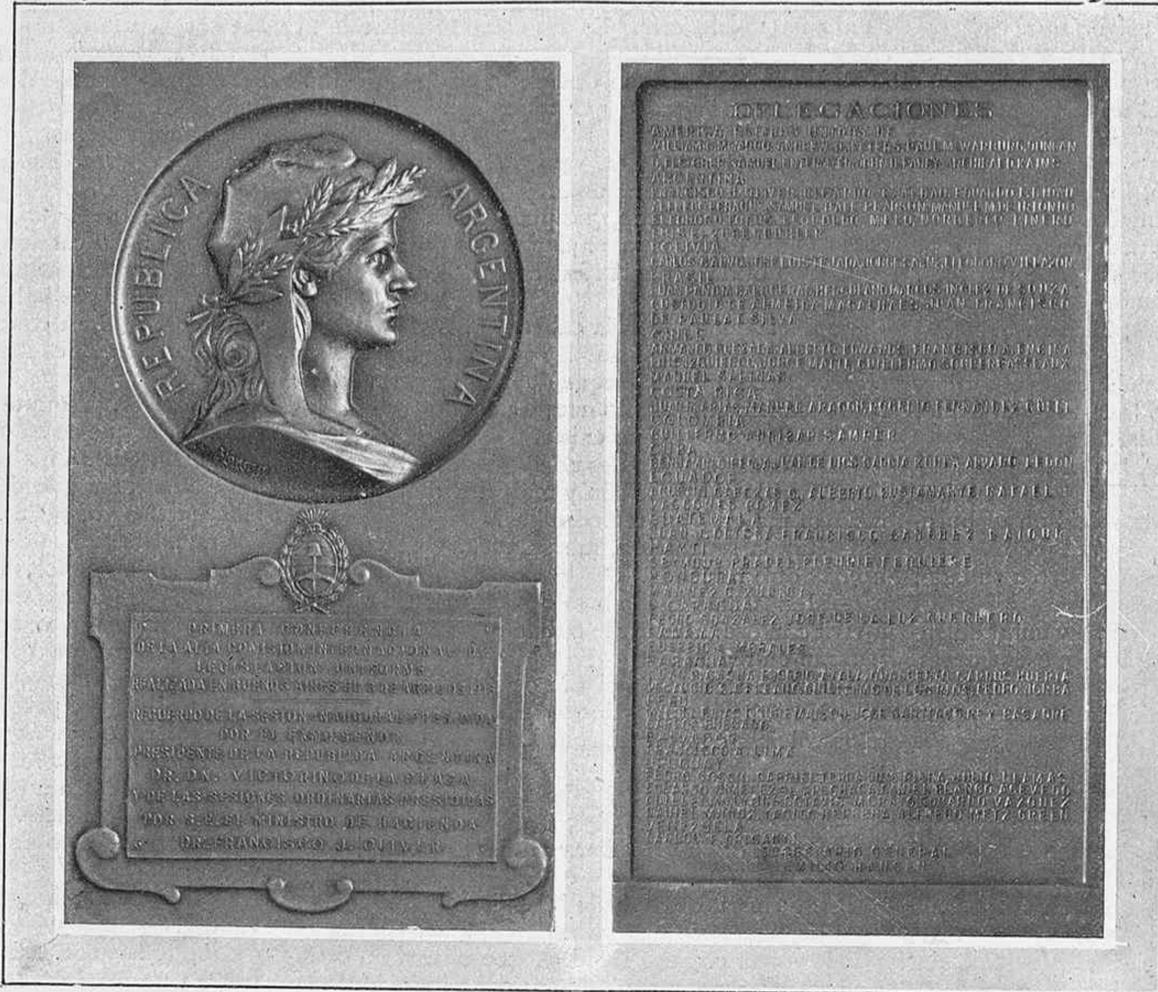


La edad de la imaginación, escultura de Blundstone

Y debajo, la firma de Miguel de Cervantes Saavedra.

En el reverso hay esta inscripción:

«Homenaje al Príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra en el III centenario de su muerte.»



Plaqueta artística conmemorativa de la Primera Conferencia de la Alta Comisión Internacional de Legislación Uniforme celebrada en Buenos Aires. (Acuñada en Buenos Aires por la casa Horta y C.^a y remitida por D. R. Monner Sans.)

De la misma casa es la plaqueta recordando la «Primera Conferencia de la Alta Comisión Internacional de Legislación uniforme» realizada en esta capital el día 3 del pasado abril, debiendo observar que si aplauso merece el anverso por el arrogante busto de la matrona argentina, de relieve verdaderamente notable, digno de plácemes es el reverso por la nitidez con que están estampados los nombres de los representantes de los diversos países que formaron la Alta Comisión.

Hay allí un detalle digno de aplauso, por ser revelador de fina cortesía. Siguiéndose el orden alfabético, la Argentina era el primer país que debía figurar, puesto que cedió galantemente a los Estados Unidos, aun debiendo para ello introducir cierta perturbación en el título oficial de aquella República.

Con ambas obras de arte la casa Horta y C.^a ha acreditado una vez más su buen gusto.

En el anverso de la segunda plaqueta se lee:

«Primera conferencia de la alta Comisión Internacional de legislación uniforme realizada en Buenos Aires el 3 de abril de 1916.

»Recuerdo de la sesión inaugural presidida por el Excmo. Sr. Presidente de la República Argentina Dr. D. Victorino de la Plaza y de las sesiones ordinarias presididas por S. E. el ministro de Hacienda D. Francisco J. Oliver.»

En el reverso figuran los nombres de los representantes en la forma siguiente:

«América. Estados Unidos de. - William G. Mc. Adoo. Andrew J. Peters. Paul M. Warburg. Duncan U. Fletcher. Samuel Untermyer. John H. Fahey. Archibald Kains.

»Argentina. - Francisco J. Oliver. Ricardo C. Aldao. Eduardo L. Bidau. Alfredo Echagüe. Samuel Hale Pearson. Manuel M. de Iriondo. Eleodoro Lobos. Leopoldo Melo. Norberto Piñero. Luis E. Zuberbuhler.

»Bolivia. - Carlos Calvo. José Luis Tejada. Jorge Sáenz. Eleodoro Villazón.

»Brasil. - Juan Pandia Calogeras. Herculano Marcos Inglez de Souza. Custodio de Almeida Magalhaes. Juan Francisco de Paula Silva.

»Chile. - Armando Quezada. Alberto Edwards. Francisco A. Encina. Luis Izquierdo. Jorge Matte. Guillermo Soubercasseeux. Manuel Salinas.

»Costa Rica. - Juan R. Arias. Manuel Aragón. Rogelio Fernández Güell.

»Colombia. - Guillermo Ancizar Samper.

»Cuba. - Benjamín Ciberja. Juan de Dios García Kholý. Alvaro Ledon.

»Ecuador. - Agustín Cabezas G. Alberto Bustamante. Rafael Vascones Gómez.

»Guatemala. - Juan J. Ortega. Francisco Sánchez Latour.

»Haytí. - Seymour Pradel. Fleurie Fequiere.

»Honduras. - Manne G. Zúñiga.

»Nicaragua. - Pedro González. José de la Luz Guerrero.

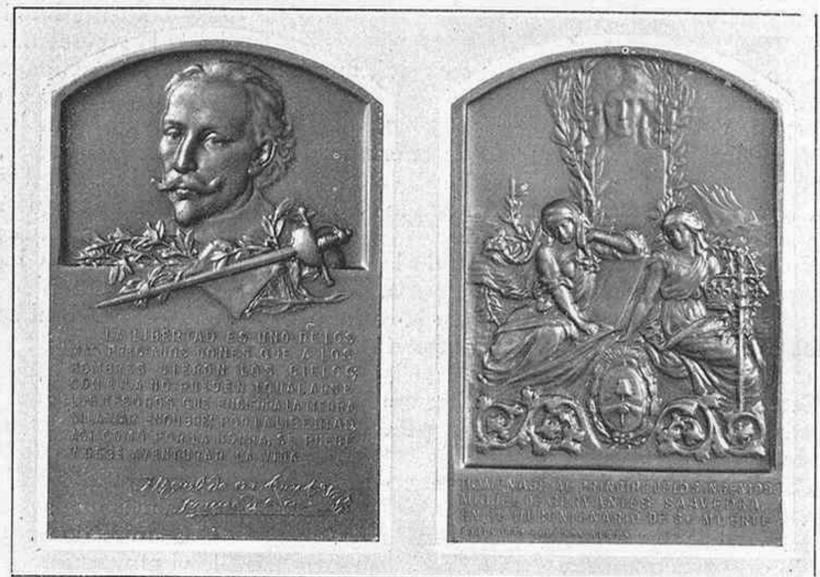
»Panamá. - Eusebio A. Morales.

»Paraguay. - Juan B. Gaona. Eusebio Ayala. Gualberto Cardús Huerta. Venancio G. Galeano. Guillermo de los Ríos. Pedro Jorba.

»Perú. - Manuel Elías Bonnemaion. José Santiago Rey Basadre. Carlos Buenaño.

»Salvador. - Francisco A. Lima.

»Uruguay. - Pedro Cossio. Gabriel Terra. Luis Piera. Julio Llamas. Eduardo Jiménez de Arechaga. Daniel Blanco Acevedo. Guillermo Lyons. Octavio Morato. Eduardo Vázquez. Daniel Muñoz. Tácito Herrera. Alfredo Metz Green.



Plaqueta artística conmemorativa del tercer centenario de la muerte de Cervantes (Acuñada en Buenos Aires por la casa Horta y C.^a y remitida por D. R. Monner Sans.)

»Venezuela. - Carlos F. Grisanti.

»Secretario general. - Emilio Hansen.»

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, mayo de 1916.

UNA ESCULTURA DE BLUNDSTONE

Mr. F. V. Blundstone, que en 1907 ganó la codiciada medalla de oro, nació en Suiza de una familia francoinglesa e hizo sus primeros estudios artísticos en Manchester. Pasó después a Londres, donde estudió en la Escuela Técnicoartística del Sur y en la Academia Real, en que, a partir de 1904, ganó varios premios. Blundstone es ahora ayudante de Gilberto Bayes en la clase de Modelado del Instituto Técnico de Sir John Cass.

MADRID. - EL HOSPITAL DE SAN FRANCISCO DE PAULA PARA JORNALEROS
(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



S. M. el Rey D. Alfonso XIII con el arquitecto Sr. Palacios y el P. Superior de los Hermanos de San Juan de Dios saliendo de visitar las salas instaladas en las terrazas altas.



D.^a Dolores Romero, viuda de Curiel (x), fundadora del Hospital, acompañaró a la duquesa de Talavera y demás invitados el día de la inauguración

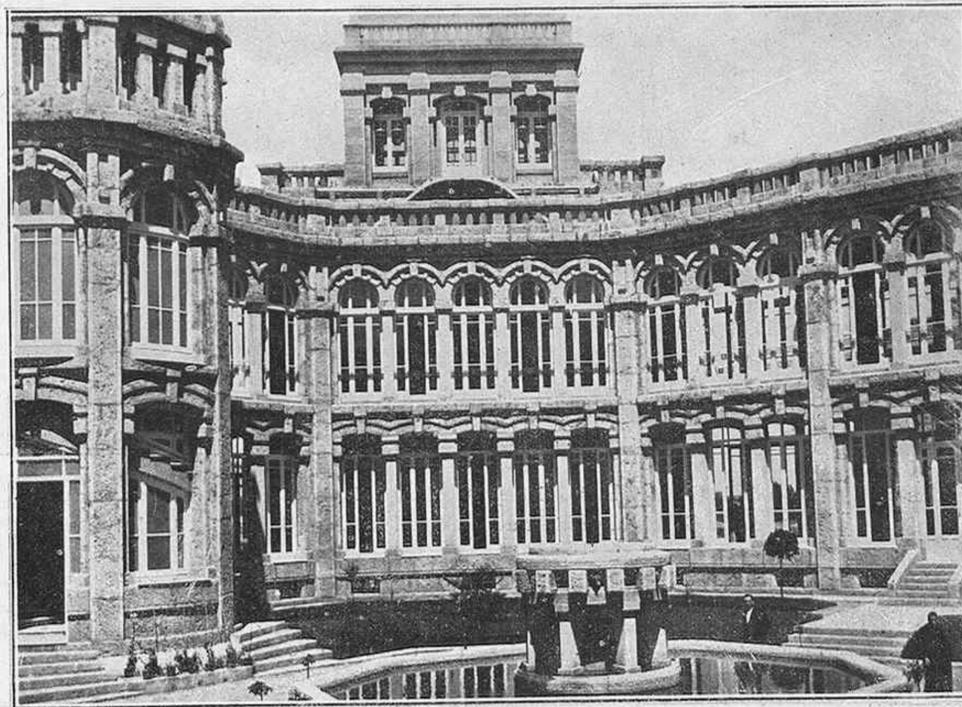
Con gran solemnidad se ha inaugurado el magnífico edificio que cerca de los Cuatro Caminos, al lado del Paseo de Ronda, ha hecho construir para Hospital de obreros la virtuosa y caritativa dama D.^a Dolores Romero, viuda de Curiel.

Comenzó la ceremonia con la bendición del templo y de las diferentes fachadas del edificio por el obispo de Madrid-Alcalá, mientras la Capilla Isidoriana cantaba varias composiciones religiosas; y terminado aquel acto dióse entrada en el templo a los invitados, que lo ocuparon totalmente.

Poco después, llegaron las autoridades y las personas Reales, SS. AA. las Infantas D.^a Isabel, D.^a Luisa y doña Beatriz y los Infantes D. Carlos y don Fernando, y la duquesa de Talavera, y finalmente S. M. el Rey D. Alfonso XIII que fué recibido por el obispo, el Presidente del Consejo de Ministros, el ministro de la Gobernación, las autoridades, la fundadora del Hospital, los arquitectos señores Palacios y Otamendi y los hermanos de San Juan de Dios encargados de la asistencia de los enfermos que haya de albergar el benéfico establecimiento.

El Monarca felicitó efusivamente a D.^a Dolores Romero por la obra admirable que había realizado, y luego entró en el templo bajo palio a los acordes de la Marcha Real, tomando asiento en el presbiterio. La Capilla Isidoriana cantó la *Salve* del maestro Pedrell, rezándose después otras oraciones.

Terminados los rezos, Su Majestad y Sus Altezas, acompañados de los arquitectos, de la fundadora, de las autoridades y de los invitados recorrieron el edificio, visitando detenidamente todas las dependencias del mismo, no cesando de tributar entusiastas elogios al establecimiento y a D.^a Dolores Romero. Concluida la visita, el Rey y los Infantes fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.



Grandes galerías del patio central

Este nuevo Hospital de San Francisco ocupa, con sus construcciones y sus parques, una superficie de 13.700 metros cuadrados y puede servir de modelo a los establecimientos de su clase. Los planos son debidos a los señores Palacios y Otamendi, quienes han realizado una obra verdaderamente perfecta.

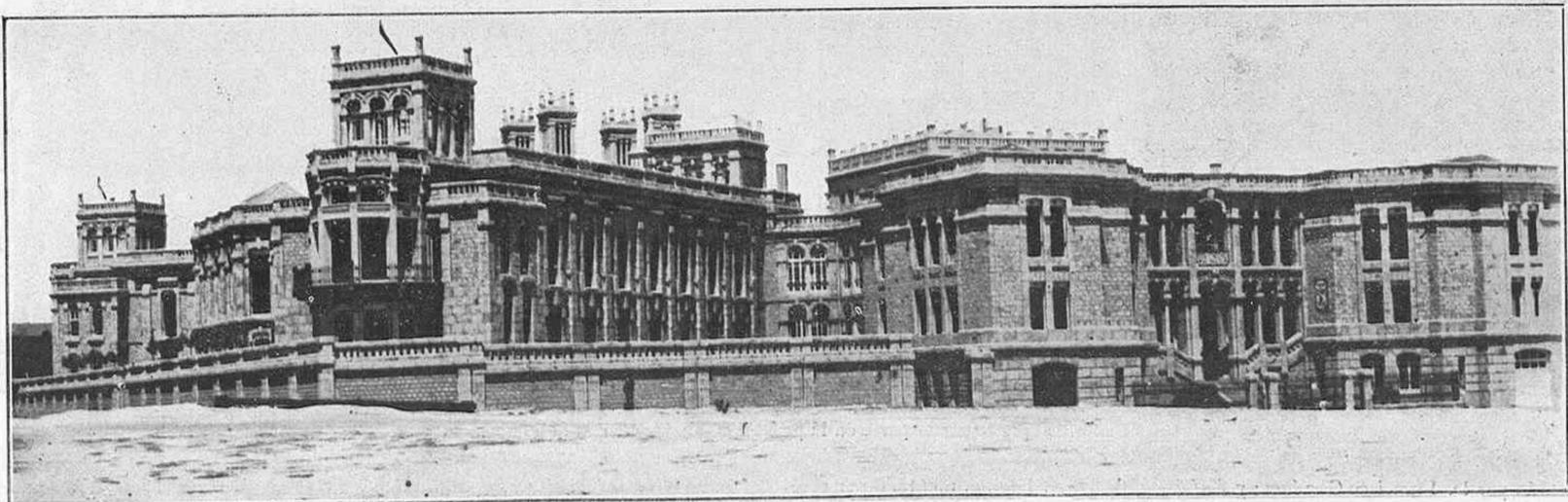
Está formado por numerosos pabellones destinados a enfermería, administración y servicios generales, farmacia, laboratorios, salas de operaciones, salas de infecciosos, etc., completándose el cuerpo de edificio destinado a iglesia y comunidad. Todos estos elementos están reunidos por galerías, y entre unos y otros están dispuestos preciosos jardines con fuentes en los centros de los patios, comunicando al conjunto un aspecto sano y alegre.

Las instalaciones generales de calefacción y ventilación, alumbrado eléctrico, timbres y telefonía, ascensores, lavaderos mecánicos, hidroterapia, saneamiento, cocinas y otras muchas son de lo más completo, moderno y lujoso en este género de edificios.

La construcción, toda ella ejecutada en piedra y otros selectos materiales, es magnífica.

El templo es de hermosas proporciones; en el altar mayor hay una imagen de la Dolorosa, y en los altares laterales las de San Francisco de Paula, titular del Hospital, y de San Juan de Dios.

El Hospital es capaz para 200 camas, entre enfermos y convalecientes, que serán ocupadas sin recomendaciones de ningún género y sólo por riguroso turno.

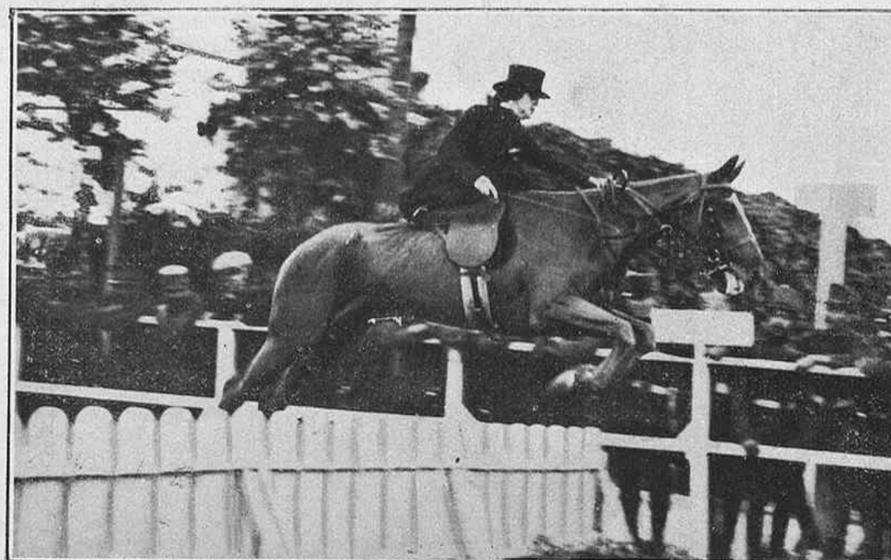
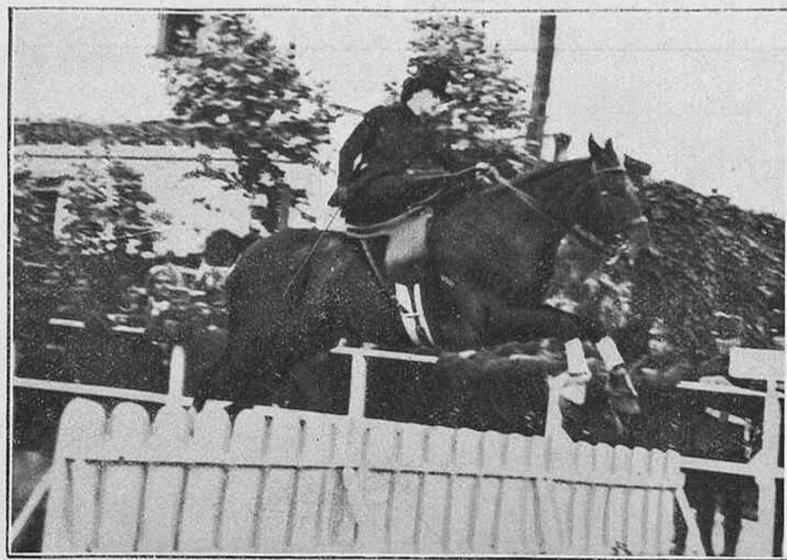


Vista general del Hospital. Fachada de entrada al público

Su Majestad fué ovacionado a su llegada y a su partida por el numeroso público congregado en aquel sitio que también ovacionó a Sus Altezas.

La filantrópica fundadora ha invertido en la construcción del Hospital unos cuatro millones de pesetas y ha destinado otros cinco millones para su sostenimiento.

BARCELONA - CONCURSO HÍPICO. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Señoritas que tomaron parte en la prueba de amazonas con ocho obstáculos

En el Parque del Real Polo Jockey Club se han efectuado las sesiones del Concurso Hípico, que se han visto concurridas por lo más selecto de la alta sociedad barcelonesa.

De todas las sesiones, la que sin duda alguna despertó mayor interés fué la que se celebró el último domingo del pasado junio, pues en ella debían correrse la Prueba de Honor y la de amazonas; en la primera se disputaban los premios cedidos por S. M. el Rey D. Alfonso XIII y por SS. AA. la Infanta D.^a Isabel y los Infantes D. Carlos y D. Fernando; y en la segunda la copa ofrecida por el presidente del Club, D. Luis Marsáns y Peix. No es, por consiguiente, de extrañar que el parque ofreciese aquel día un aspecto tan animado como brillante, y que los palcos y tribunas se viesan ocupados por las más bellas y elegantes señoritas de nuestra ciudad.

Para la Prueba de Honor se inscribieron 37 caballos, de los cuales resultaron vencedores los siguientes:

Primer premio, de S. M. el Rey: *Vendeen*, del duque de Andría, montado por D. José Bermejo, que hizo el recorrido, sin falta, en dos minutos, cinco segundos.

Segundo premio, de Su Alteza la Infanta D.^a Isabel: *Erguel*, de D. José A. García Sol, montado por D. Pedro G. Goyoaga, que hizo el recorrido, sin falta, en dos minutos, seis segundos y tres quintos.

Tercer premio, de S. A. el Infante D. Carlos: *Camelleiro*, de D. Francisco Giménez, montado por su dueño, que hizo el recorrido, sin falta, en dos m. y trece s.

Cuarto premio, de S. A. el Infante D. Fernando: *Operable*, de D. Angel Riaño, montado por su dueño, que hizo el recorrido, sin falta, en dos minutos, diecinueve segundos y dos quintos.

Otorgáronse lazos a los caballos *Fornarina*, de D. José Ciudad, montado por D. Antonio Cañero; *Alí*, de D. José Chacel, montado por D. José Bermejo; *Elincelle*, de D. Arsenio

tación del capitán general D. Felipe Alfau, entregó a los ganadores los premios, consistentes respectivamente en tres copas y un alfiler de corbata. Durante el acto de la entrega, una banda ejecutó la Marcha Real.

Después de un descanso de quince minutos, corrióse la prueba de amazonas con ocho obstáculos, en la que tomaron parte cinco señoritas. El resultado de la prueba fué el siguiente:

Primer puesto: *Kin-Cole*, propiedad de la señorita Manuela Ricart, montado por su dueña, que hizo el recorrido, sin falta, en un minuto, catorce segundos y un quinto.

Segundo puesto: *Isart*, propiedad de D.^a Luisa Llorach, montado por la señorita María Teresa de Ferrater y Llorach, que hizo el recorrido, sin falta, en un minuto, quince segundos y cuatro quintos.

Tercer puesto: *Elincelle*, propiedad de D. Arsenio Abad, montado por la señorita Matilde Foix, que hizo el recorrido, sin falta, en un minuto, diecisiete segundos y tres quintos.

Cuarto puesto: *Milhaya*, propiedad de D. Manuel Vilá, montado por la señorita Mercedes Gaztañondo, que hizo el recorrido, sin falta, en un m. y veintidós s.

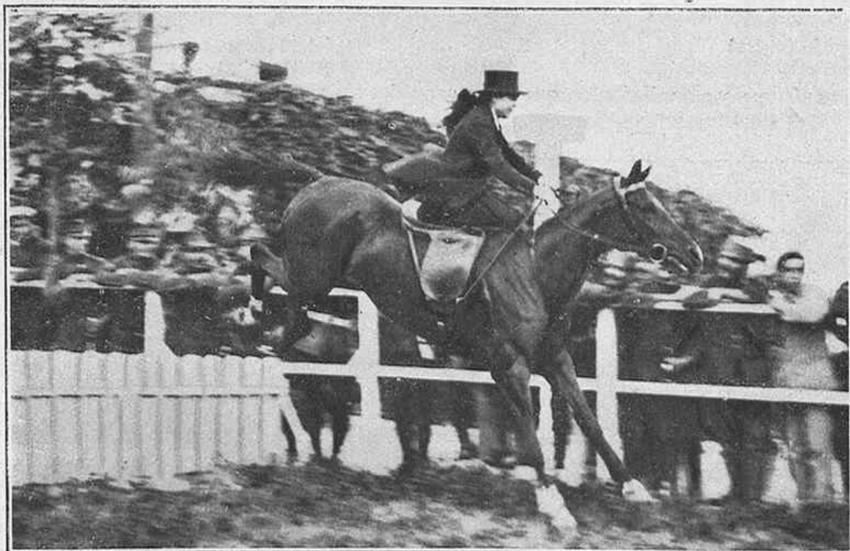
Quinto puesto: *Onagra*, propiedad de la señorita Pilar Bosch, montado por su dueña, que hizo el recorrido, sin falta, en un minuto, treinta y tres segundos y dos quintos.

Ganó, por consiguiente, la copa Marsáns la señorita Ricart. El Jurado otorgó una medalla a cada una de las señoritas clasificadas en segundo, tercero, cuarto y quinto lugar.

Efectuóse finalmente la prueba del campeonato de saltos de altura, en la que tomaron parte los caballos *Meseta*, *Zarba* y *Vendeen* y la yegua *Fornarina*. El primero se retiró después de haber saltado 1,70 metros.



D. José Bermejo, ganador de la Copa de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y vencedor del Campeonato de altura, y D. Pedro G. Goyoaga, ganador de la Copa de S. A. el Infante D. Carlos



Señoritas que tomaron parte en la prueba de amazonas con ocho obstáculos

Abad, montado por D. Francisco Giménez; y *Bullanga*, de D. A. Ercilla, montado por el señor Martitegui.

Terminada la prueba, el presidente del Jurado D. Eusebio López y Díaz de Quijano, por delegación del general gobernador interino D. Fernando Remero, que ostentaba la represen-

Batió el *record* de altura, y por lo tanto ganó el campeonato, *Vendeen*, montado por D. José Bermejo, que saltó sin falta 2,10 metros; habiendo quedado en segundo y tercer lugar respectivamente *Zarba*, de D. Antonio Betancourt, montado por su propietario, que saltó 1,90, y *Fornarina*, de D. José Ciudad, montada por D. Antonio Cañero, que saltó 1,70.